

Movimientos en blanco y negro

HISTORIA, LITERATURA Y ARTE EN EL AJEDREZ ARGENTINO



Biblioteca Nacional de la República Argentina

Movimientos en blanco y negro : historia, literatura y arte en el ajedrez argentino ; contribuciones de Martín Kohan ... [et al.] ; prólogo de Alberto Manguel. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2017.

104 p. ; 27 x 20 cm.

ISBN 978-987-728-091-3

1. Catálogo de Arte. I. Kohan, Martín, colab. II. Manguel, Alberto, prolog. III. Título.

CDD 708

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

©2017, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Agüero 2502 (C1425EID), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

www.bn.gov.ar

ISBN 978-987-728-091-3

Impreso en Argentina

Movimientos en blanco y negro

HISTORIA, LITERATURA Y ARTE EN EL AJEDREZ ARGENTINO

SEPTIEMBRE - DICIEMBRE 2017

ÍNDICE

<i>Ajedrez, literatura y arte</i>	8
<i>Ajedrez e historia</i>	64
<i>Ajedrez argentino</i>	48



Senderos del ajedrez argentino

Para los griegos, Egipto era un reino casi mágico y por eso atribuían a sus tierras arenosas el origen de muchas de las maravillas de su vida cotidiana. Así, Sócrates en el *Fedro* cuenta que el dios egipcio Teut inventó no solo la escritura sino también los números, el cálculo, la geometría, la astronomía, los dados y el juego de ajedrez. Esta colección de inventos tan dispares tal vez tenga un denominador común: la terca voluntad humana de encontrar sentido en el azar, de ordenar el caos del mundo y comunicar luego ese orden imaginario a través de palabras, cifras y casi infinitas combinaciones. Los historiadores no aceptaron la versión platónica y decidieron que el antepasado de nuestro ajedrez no era egipcio sino indio: el juego del *chaturanga* mencionado por primera vez en el *Mahābhārata* en el siglo III a. C. De la India, el juego migró a Persia y de allí a los reinos árabes que le dieron el nombre *shatranj* (fonética que resuena aún hoy en el alemán *Schach* y en el inglés *chess*) y, en el siglo IX, llegó a la Península Ibérica. Tres siglos después, el erudito sefaradí Abraham ibn Ezra compuso en hebreo un poema sobre el ajedrez, pero el texto español más famoso data del siglo XIII y fue incluido, con bellas ilustraciones, en el manuscrito conocido como *El libro de los juegos*.

El ajedrez fue siempre un juego simbólico, emblema de conflictos guerreros y también amorosos. En el *Mabinogion*, el gran poema galés del siglo XIII, se describe una lucha armada, en tanto que los reyes de los dos ejércitos se enfrentan sobre un tablero de ajedrez; se entiende que las jugadas reflejan lo que ocurre en el campo de batalla. Al caer la tarde, uno de los reyes da jaque mate al

otro, y el derrotado barre las piezas con la mano. Entonces llega un mensajero que le dice: “Tu ejército huye, has perdido el reino”. Como en la guerra, así en el amor: en Valencia, a fines del siglo XV, un poeta anónimo compuso el *Scachs d'amor* en el que Marte (piezas rojas) y Venus (piezas verdes) se enfrentan en una partida conocida hoy como la defensa escandinava. Contemporáneo de este es uno firmado por Luis Ramírez de Lucena, *Repeticion de Amores e Arte de Axedres con CL Juegos de Partido*, desgraciadamente lleno de errores y precedido por una diatriba contra la supuesta infidelidad de las mujeres. Siglos más tarde, en la época victoriana, Lewis Carroll reflejó las rígidas convenciones de la sociedad inglesa en un juego de ajedrez que Alicia emprende a través del espejo, que tiene algo de farsa y mucho de pesadilla.

En Argentina, el juego del ajedrez comienza a generalizarse a mediados del siglo XIX, primero en casas y comercios privados, y luego en bares y cafés. Recién en la década de 1880 se funda el primer club de aficionados; como consecuencia de su creciente popularidad, a partir de 1913 empieza a enseñarse el ajedrez en escuelas de Capital Federal, en el Instituto Nacional de Ciegos y en la Penitenciaría Nacional. Poco tiempo después, en 1927, se inicia la publicación de la revista *Ajedrez Americano*, cuyo novagésimo aniversario celebramos con una muestra del rico acervo de nuestra Biblioteca Nacional. En estos días en los que el absurdo cotidiano y la falta de sentido común ya no sorprende, este juego lógico y elegante, que prevé con minuciosa certeza las acciones futuras, puede servirnos de aliento y de consuelo.

Alberto Manguel
Director de la Biblioteca Nacional





Ajedrez, literatura y arte

Luis Lamas

nosotros, señor Luis Lamas, y nombrando en su reemplazo al señor Fernando Zabalardo.

pitán Emilio Alvarez; como ayudante de la Dirección General del Instituto Geográfico Militar, el capitán Fernando A. de Lezica; al comando de la 3^a división de Ejército, el teniente Juan R. Oguin; a la Dirección General del Personal, el capitán Andrés

I^o Oscar G. Hermansson; al regimiento 2 de artillería montada, el capitán Reynaldo Domínguez Nieves; al II grupo de artillería a caballo, el teniente Luis Fernández de Cixas; al V batallón de zapadores pioneros, el subteniente Augusto D. Torino; a la compañía de Archivistas Ciclistas, el teniente Leandro Ruiz Moreno; al arsenal San Lorenzo, el capitán Ernesto Eguna; al distrito militar 27, (Corrientes), como auxiliar, el teniente Carlos A. Salas, y al distrito militar 24, (Casilda) como auxiliar, el teniente Carlos H. Shaw.

AGUAS FUERTES
PORTENAS

Grandes Broncas Ajedrecísticas

Esta ha sido la semana de las grandes broncas ajedrecísticas, en el Club Argentino de Ajedrez.

Primer salto entre Pleci y Fenoglio. Una vez que Fenoglio, disputándole el título de campeón a Pleci comprobó que había perdido, lo puso de oro y azul a Isaías. Lo notable consiste que el reportaje que le hicieron a ambos iba en dos re-

que trasmittiera las jugadas a los aficionados.

La chica del 17—

¿En qué consisten estas broncas, distracciones oportunas etc.?

Veamos. Por ejemplo, Fenoglio lo acusa a Pleci de haberse puesto anoche a canturrear "La chica del 17", mientras él meditaba arduamente una jugada. Asevera que la melodía



cuadros de columna. Naturalmente el ganador dijo perlas de Fenoglio: Que era un caballero y "que daba gusto jugar con un caballero". Fenoglio triunfando, por el contrario, afirmó que Pleci era el más descomunal granuja que había pisado el Club de Ajedrez Argentino, y otras lindezas por el estilo, que a Pleci lo deben haber dejado sonriendo y satisfecho.

Como si no fuera suficiente lo que Fenoglio dijo y dejó de decir, Grau, se adjuntó a Fenoglio, y suavemente agregó que él, el año pasado, también había sido víctima de las "tonquerías de Pleci"; pero que no se quejó porque no le parecía correcto. Lo cual, en términos comunes, es echarle aceite al fuego, o vinagre a la ensalada.

No termina la bronca entre Pleci y Fenoglio, y anteanoche estalla otra. Esta vez son actores los nunca bien ponderados señores Lynch y Benito Villegas. Disputan el campeonato social del club.

Lynch (un gran caballero) parece que en el momento oportuno lo distrajo a Villegas y el gran Villegas perdió la tercera partida. Demás está decir que si Lynch es un gran caballero, también Villegas lo es; de manera que no pasó nada, como no ser la prohibición que le hizo Villegas a Pepe, el conserje del club, de

entonada "sotto voce" por el magnánimo Pleci, lo conturbó en tal forma, que al fin no daba pie con bola ni jaque con mate. Además, acusa a Pleci de ir cuarenta veces por hora al cuarto de baño, perturbando así sus elucubraciones ajedrecísticas. Lo sinds como maníático del ventilador, pues unas veces lo ponía en marcha y otras lo detenia, agregando estos horribles comentarios:

—Tengo frío. Hace calor. ¡Brrrr!.. Mas lo que indigna a Fenoglio, es haber perdido una partida debido a la contumacia de Pleci en canturrear "La chica del 17". Sostiene que ante un tribunal de honor, Pleci debía ser descalificado, pues no se puede tolerar que un jugador oficial de tonadillera, mientras otro busca en los recovecos de su caletre una solución que le permita salir con honra del pantano ajedrecístico.

Sin contar, según Fenoglio, el crimen de Pleci: echar cenizas de cigarrillo en el tablero, volcar café y convertir la mesa en un chiquero indecente.

Portela y Villegas—

Alacranes bien informados, me han pasado otro dato respecto a los tonqueros del club. Por ejemplo, Portela, Portela es un jugador que emplea una habilidad demoníaca en distraer a sus adversarios. Procede al revés de Pleci. Pleci irrita a su adversario. Portela no; lo coima de atenciones. Al final son tantas las atenciones, que el adversario termina por perder la paciencia y con ella

PRESENTACION DE OFICIALES PROFESORES

El ministro de Marina ha dispuesto que los jefes y oficiales designados profesores de la Escuela de Aplicación para Oficiales, deberán presentarse a la dirección del citado instituto el lunes 23 del corriente, a recibir órdenes.

BETIRO DE UN TENIENTE DE NAVIDO

Ha sido declarado en situación de retiro, a su solicitud, el teniente de navio Juan M. Gregorio, cuyos servicios en la Armada se elevan a 23 años y 23 días.

el don misteriosísimo para nosotros los profanos de combinar jugadas.

¿Qué es lo que hace Portela? Portela, espera un rato prudente, luego lo mira a su adversario y le dice:

—Querido ¿no querés tomar café? —O sino— Estimado compañero ¿no quiere Ud. fumar? O sino— Distinguido correligionario, ¿no está molesto con esa corriente de aire?— O variado — ¿Le molesta la luz?

Lo grave es que el sutil Portela insinúa amables advertencias siempre que anda en la mala, y también, siempre que husmea a su adversario en camino de aplastarlo con una jugada endiablada.

Y como sobre un ofrecimiento cortes acumula otro y otro, al final el adversario no sabe a quien atender: si a Portela o al tablero. Con ello pierde tiempo, y su atención se desvía del objeto esencial.

A tal punto llega la astucia de Portela, que una noche que estaba empeñado en una partida, con el gran Villegas, al ver que no tenía escapatoria posible, se desmayó sobre el tablero. Segun las malas lenguas este desvanecimiento de Portela fué simulado; pero el sobresalto que se llevó el gran Villegas motivó que la partida se declarara tablas. No es puro ajedrez—

Comprueba uno así que no es puro ajedrez, y que aún en las más abstractas competencias, la vanidad del hombre interviene para corregir los desaciertos de la suerte. No solo se trampea a los naipes, no solo se tonguea en el ring, mas si en todo juego, el más débil o el más astuto trata de inclinar las posibilidades del triunfo hacia él, por medios que nadie tienen que ver con los utilizados en su obtención.

Lo cual hace que nosotros, los que no conocemos absolutamente nada de ajedrez, nos sintamos divertidos con broncas suscitadas por inocentes razones.

ROBERT ARLT

Comunión del ajedrez con la cultura argentina

*Por Sergio Ernesto Negri**

El milenario, metafórico e influyente ajedrez logra que los creadores de todas las geografías caigan rendidos ante su misteriosa fascinación. En las antiguas epopeyas indias del *Mahābhārata* y del *Rāmāyana* se alude al *chaturanga* (su antecesor) y se menciona al tablero (*ashtāpada*). En un hermoso poema de la tradición oriental, se advierte dentro de los frutos de un mandarino a dos ancianos concentrados jugando su versión china: el *xiang-qì*. El sabio árabe Al-Masudi fortalece la tesis de su origen indio, mientras que el poeta persa Ferdousí, en el siglo X, da cuenta del momento exacto en el que ingresó a Bagdad, cuatro centurias antes. Desde la Edad Media, los europeos refieren a él en los versos de trovadores y poetas, y en relatos de caballería o de contenido místico.

Se sabe que en Argentina el ajedrez fue introducido por los españoles en la época de la colonia. Los generales Gerónimo Espejo y Bartolomé Mitre, en sus historias sobre el Cruce de los Andes, coinciden en que José de San Martín era un asiduo practicante. Andrés Rivera ubica a Juan José Castelli y Bernardo Monteagudo reflexionando sobre los tiempos revolucionarios mientras disputan una partida. José Mármol, el autor de *Amalia*, se entretuvo con él en la cárcel en tiempos rosistas. Domingo Faustino Sarmiento emplea imágenes del juego como metáforas: en una serie de cartas publicadas en el exilio chileno, para describir una Montevideo sitiada o para reparar en sus experiencias como viajero. Juan Bautista Alberdi reconoce a Juan Lavalle como jugador y apela al ajedrez para criticar a Mitre, quien era asimismo un aficionado que frecuentaba el pionero Club del Progreso. El episodio de la Revolución del Parque de 1890 fue pensado en clave ajedrecística, tal como lo describe Juan Balestra en *El noventa: una evolución política argentina*. Esa posibilidad de analogía también la empleó Juan B. Justo en su conocida arenga de 1898. Juana Gorriti lo incluye en sus semblanzas sociales. También aparece con los autores de la Generación del 80: Eduardo Wilde, en el registro de sus vivencias en el exterior; Paul Groussac, al referirse al Napoleón ajedrecista, y Lucio López, para retratar tertulias en mixtura de política y ajedrez en el Progreso.

* Escritor e investigador del ajedrez.

El juego va ingresando poco a poco en la vida cotidiana de nuestro país; se lo practica durante travesías, en las casas de connotadas familias y, más tarde, en clubes y cafés, epicentros de su popularización.

Son los escritores del siglo XX los que dan cuenta de este auge en toda su dimensión. Por vez primera aparece en ficción, con Roberto Payró en teatro (*Sobre las ruinas...*) y con Leopoldo Lugones en poesía (“El Solterón”) y cuento (“Abuela Julieta”). Las novelas de Roberto Arlt *Los siete locos* y *Los lanzallamas* son las primeras en incluir la temática en su trama, y en sus *Aguafuertes porteñas* describe con punzantes observaciones el ambiente ajedrecístico. Jorge Luis Borges —a quien su padre introdujo en el campo del análisis lógico explicándole las paradojas de Zenón sobre un tablero— concibe una cosmogonía propia a partir del juego, en resonancia con sus laberintos y espejos; poemas, cuentos, ensayos y conferencias dan cuenta de esta profusa elaboración conceptual. Ezequiel Martínez Estrada recrea su pasión en agudas reflexiones filosóficas y literarias: *Filosofía del ajedrez*, un texto único en su tipo en el mundo, y *La cabeza de Goliat* son bellas expresiones de su fascinación por la diosa Caissa.* *Operación Masacre*, *La batalla* y los cuentos policiales de Rodolfo Walsh, cuyo propio destino militante se cifra en derredor de un tablero en un café platense, están cargados de connotaciones al espacio escaqueado. Abelardo Castillo, un gran jugador, se reveló en *Las palabras y los días* como estudioso en la complejidad de su origen y deslumbró con su cuento “La cuestión de la dama en el Max Lange”. Para Julio Cortázar el ajedrez es un epítome de la dimensión lúdica esencial de la vida, y Ernesto Sabato plantea que “el hombre no inventó el ajedrez, sino que lo descubrió”.

Los escritores que se ocupan del tema, en los diversos géneros, conforman una serie que no termina de agotarse: Baldomero Fernández Moreno, Juan Filloy (quien fundó un club de ajedrez en Córdoba), Leopoldo Marechal, Silvina Ocampo, Enrique Mallea, Enrique Anderson Imbert, Adolfo Bioy Casares, Marco Denevi, Manuel Mujica Lainez, Héctor Murena, Manuel Puig, Tomás Eloy Martínez, Ricardo Piglia, Osvaldo Soriano; y entre los actuales, Juan José Sebreli, Horacio Salas, Mempo Giardinelli, Tomás Abraham, Guillermo Martínez, Pablo De Santis, Ariel Magnus...

Tres trabajos poéticos llevan “Ajedrez”: como título, los de Borges, Alejandra Pizarnik y Arturo Capdevila; una nómina preciosa a la que se debe agregar “Ajedrez de país central” de Alberto Laiseca, cuyos versos remiten al *xiang-qì*.

La simbiosis entre el mundo blanquinegro y el de las letras es tan perfecta que en la sala del Café Rex de Buenos Aires, dirigida por el jugador polaco Paulino Frydman, su compatriota Witold Gombrowicz, junto a varios literatos cubanos y locales, tradujeron la notable novela *Ferdydurke* al castellano.

El universo de los trebejos también fue explorado con soltura por letristas del cancionero popular: en el tango, Enrique Cadícamo y Eladia Blázquez; Ariel Petrocelli en folclore; Luis Alberto Spinetta, Pil Trafa y Pier, en rock. También asoma en la música académica: Juan María Solare presentó en 2001 una pieza para voz media y piano basada en el célebre poema borgiano. En la música infantil es imposible

*Deidad griega inspiradora del ajedrez, concebida por el poeta italiano Marco Girolamo Vida en un poema de 1527.

olvidar a la araña y al ciempiés montados en caballos de ajedrez del “Reino del revés” de María Elena Walsh, y hasta existe en la actualidad una banda dedicada exclusivamente a la temática: Tocada Movida.

El arte plástico argentino ha sabido embeberse en su mundo imaginario: podemos mencionar la extraordinaria serie pictórica que hizo el ítalo-argentino Vito Campanella; su inclusión en la siempre estimulante y provocativa obra de León Ferrari y en una bella pintura de Raúl Soldi; el esotérico y excepcionalmente creativo “Pan-ajedrez” de Xul Solar. En fotografía se luce el trebejo de la reina en el fotomontaje surrealista de la reconocida artista Grete Stern. El escultor Alejandro Marmo presentó en 2010 obras de su autoría en la muestra “Ajedrez del Bicentenario”. Y difícilmente pueda hacerse una historia del juego sin tomar en cuenta a dibujantes e historietistas como Quino (en *Mafalda* lo pone en escena una y otra vez), Mordillo, Roberto Fontanarrosa, Caloi y la dupla conformada por José Muñoz y Carlos Sampayo, autores del precioso *Le Livre*, inspirado en *Novela de ajedrez* del escritor austriaco Stefan Zweig; todos ellos de algún modo siguieron la huella de Luis Medrano y sus “Grafodramas” de los años cuarenta, y la de los magníficos dibujos aparecidos mucho antes en las célebres revistas *El Mosquito*, *Caras y Caretas*, *La vida Moderna* o *PBT*.

El ajedrez aparece con su sello en textos especializados y científicos de divulgación, como en los de Mario Bunge, Alejandro Piscitelli o Diego Rasskin Gutman; y en crónicas periodísticas, siendo en estas habituales las paráboles que lo asocian a conflictos, estrategias geopolíticas, relaciones amorosas, tramas policiales, entre tantas otras facetas posibles de la vida. Por su poderosa fuerza alegórica, numerosos trabajos literarios fueron llevados a los medios audiovisuales (cine y televisión) y al teatro. En todo caso el juego-ciencia nos invita a pensar una historia lateral de las artes y las letras. Así ha sido desde los comienzos vibrantes de la patria, y en sus vacilaciones ulteriores. Ajedrez y cultura, siempre en vital comunión.



“Trasposición de jugadas”, de Rodolfo Walsh, en la revista *Vea y Lea*, nro. 386, 12 de abril de 1962

POR MARIANO VIANA

TREBEJOS

EDITORIAL GRABO
EDITORA DE "EL AJEDREZ AMERICANO"

PICHINCHA 1093
BUENOS AIRES
1929

JORGE LUIS BORGES

EL CONGRESO



EL ARCHIBRAZO EDITOR

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

LA CABEZA DE GOLIATH

CLUB DEL LIBRO A. L. A.

WITOLD GOMBROWICZ

FERDYDURKE

NOVELA

ARGOS

La reina, negra está,
ante su propio silencio
los peones desvanecidos
rondan como espectros
pasaportes hacia un mundo oscuro
negociados en las torres
tristeza del ajedrez
tristeza de las planicies
las ciudades cuadriculadas
escondiendo sus raíces
es domingo,
y está todo en calma
y de golpe, ella llora
alfil (ella no cambia nada)
así, antes de que cruce el alba
alfil (ella no cambia nada)
algo me dice,
que sale el sol
por fin.
Ruinas de todas las guerras
sombras de corceles y muertos
pasaportes hacia un mundo oscuro
negociados en las torres
alfil (ella no cambia nada)
al fin
su cabeza rueda en el aire.

Luis Alberto Spinetta,
"Alfil, ella no cambia nada", 1986.



Ajedrez misterioso la poesía,
cuyo tablero y cuyas piezas
cambian como en un sueño y
sobre el cual me inclinaré
después de haber muerto.

Jorge Luis Borges.
Fragmento del prólogo a su libro *El otro, el mismo*, 1964.



Indiferencia, tal vez;
la vida, un filosofema,
o cuando más un problema
de ajedrez.

Ezequiel Martínez Estrada,
"Cuarto menguante",
en *Motivos del cielo*, 1924.

Por un acuerdo inconfeso aunque no menos evidente, fueron cambiando con los años sus pasatiempos. Después de las conversaciones, la música; después de la música, el ajedrez. Y de tal modo estaban compenetrados sus pensamientos y sus gustos, que cuando una noche de sus cuarenta años, Emilio encontró en el saloncito íntimo el tablero del juego junto al cerrado piano, sin notar al parecer aquella clausura del instrumento que indicaba el fin de toda una época, hizo sus reverencias de costumbre y jugó durante dos horas como si no hubiera hecho otra cosa toda la vida. Ni siquiera preguntó a la señora Olivia cómo sabía que a él le gustaba el ajedrez. Verdad es que ella habría encontrado llena de perplejidad ante esa pregunta...

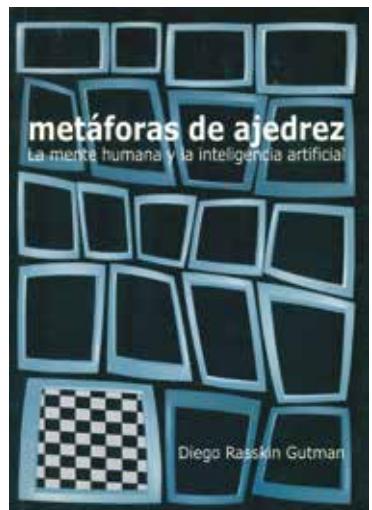
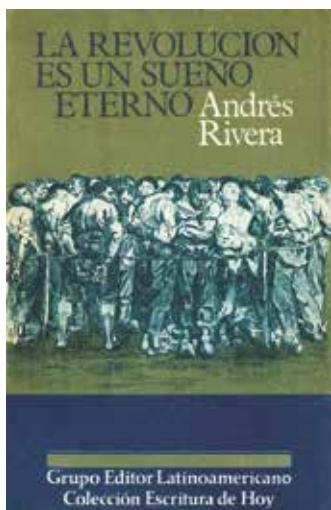
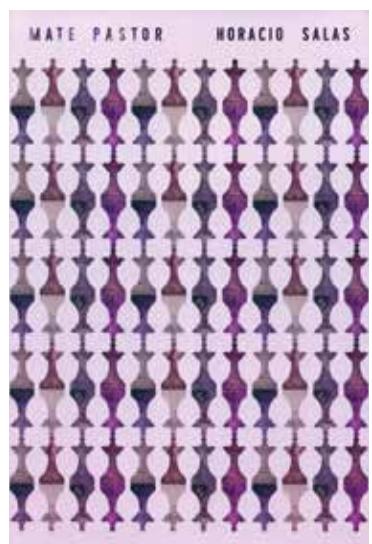
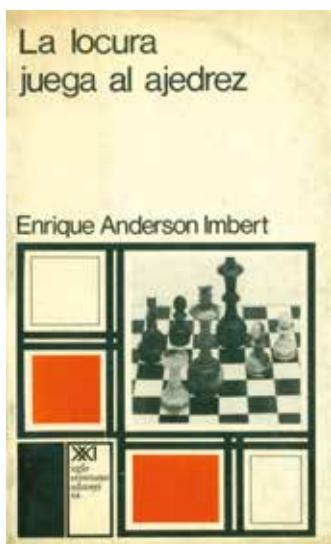
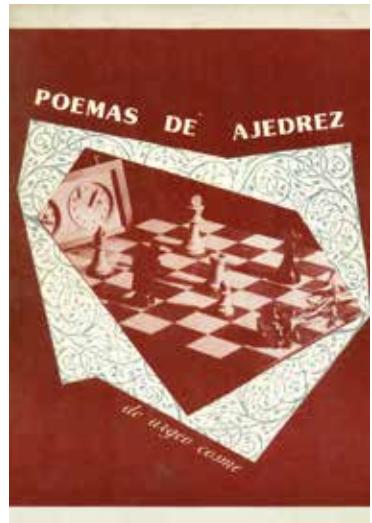
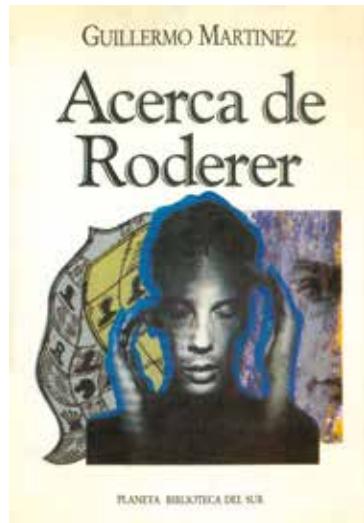
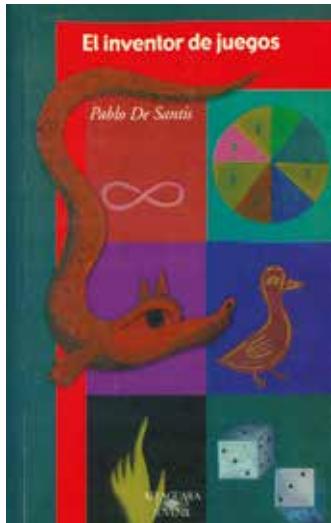


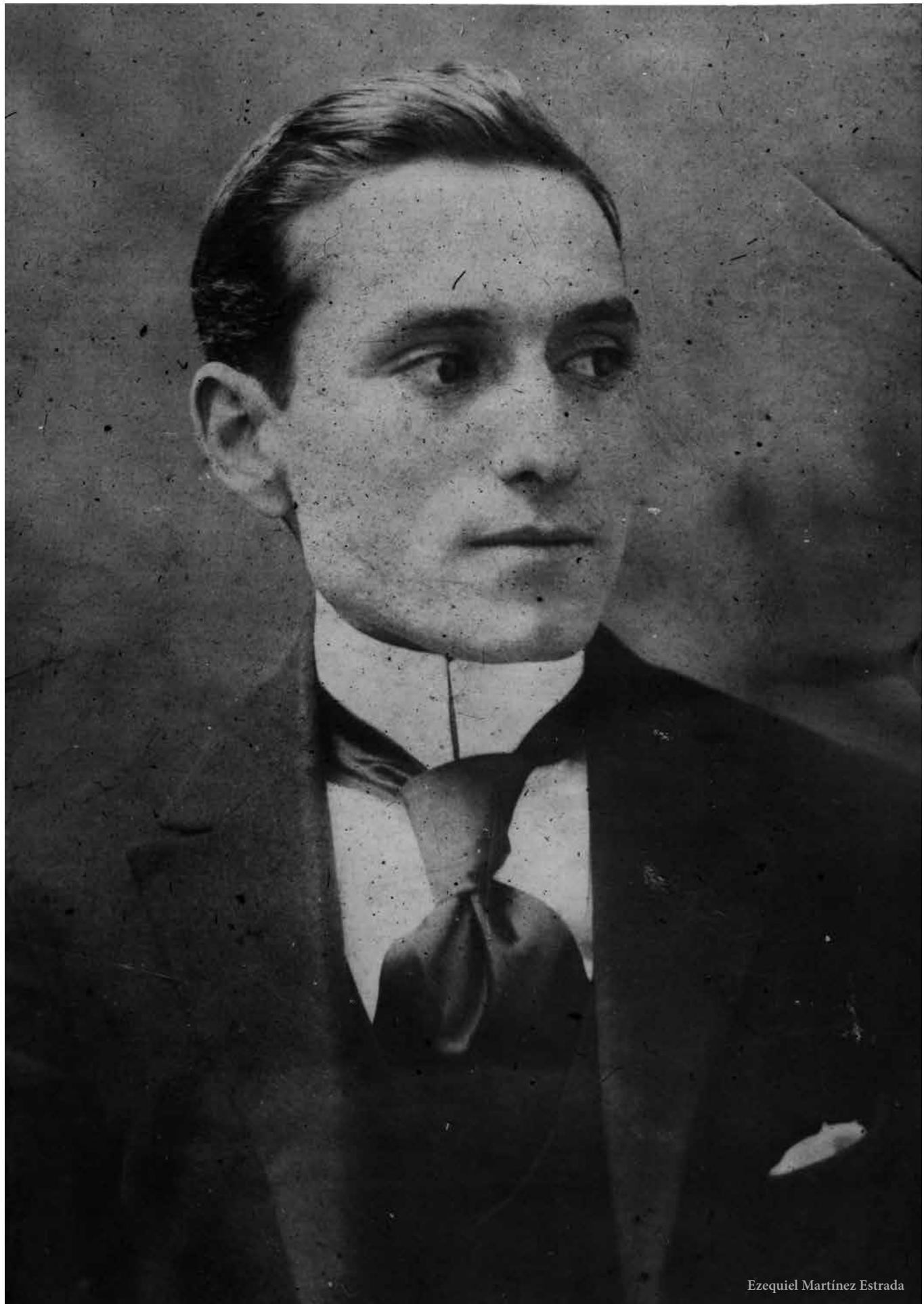
Leopoldo Lugones,
"Abuela Julieta",
en *Lunario sentimental*, 1909.

Como no sabías disimular me di cuenta en seguida de que para verte como yo quería era necesario empezar por cerrar los ojos, y entonces primero cosas como estrellas amarillas (moviéndose en una jalea de terciopelo), luego saltos rojos del humor y de las horas, ingreso paulatino en un mundo-Maga que era la torpeza y la confusión pero también helechos con la firma de la araña Klee, el circo Miró, los espejos de ceniza Vieira da Silva, un mundo donde te movías como un caballo de ajedrez que se moviera como una torre que se moviera como un alfil...



Julio Cortázar,
Rayuela, 1963.





Ezequiel Martínez Estrada

El objeto ideal

*Por Martín Kohan**

No resulta sorprendente que Ezequiel Martínez Estrada haya emprendido un libro entero dedicado al ajedrez. Parece lógico que lo hiciera, hasta era de esperar que lo hiciera. No era menos lógico, sin embargo, ni era menos de esperar, que no alcanzara a terminarlo. Podría decirse incluso que estaba destinado a escribir un libro así, pero no estaba menos destinado, entonces, a la imposibilidad de concluirlo. Porque esa *Filosofía del ajedrez* que Martínez Estrada largamente se propuso, más que como un trabajo inconcluso, se presenta como un trabajo de conclusión imposible. Lo que ese cúmulo de notas a veces revisadas y a veces sin revisar, de artículos publicados en diarios o de bosquejos apenas esbozados, viene a expresar, es lo que tenía de inagotable la pasión ajedrecística de Ezequiel Martínez Estrada. Y a su vez, lo que el ajedrez, como objeto, tenía de inagotable para su reflexión y para su examen. Para que la *Filosofía del ajedrez* exista, como existe, como libro, fue preciso ocuparse (se ocupó Teresa Alfieri) de reunir y de organizar, y aun de descifrar, las notas dejadas por Martínez Estrada; él mismo no alcanzó a poner punto final a una empresa fervorosa que, por fervorosa justamente, debió durar tanto como su propia vida.

El proyecto como tal dice tanto sobre el ajedrez como sobre Martínez Estrada: el ensayista y su objeto, el objeto y su ensayista, hechos uno a la medida del otro o, más bien, hechos cada uno a la *desmesura* del otro. Había en Martínez Estrada una fascinación evidente por los objetos inagotables, ya se tratara de la pampa, paisaje ilimitado, o bien de Buenos Aires, ciudad sobredimensionada, como lo prueban *Radiografía de la pampa* (de 1933) y *La cabeza de Goliat* (de 1940). Pero había igualmente en Martínez Estrada una admirable potencia de interpretación para abordar objetos más acotados, y hasta perfectamente delimitados, y llevarlos a lo excesivo por medio de sus propios procedimientos de lectura, como lo hizo por caso con el *Martín Fierro* de Hernández, en su lectura por amplificación de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (de 1948), o con el violín y Paganini, en su *Paganini* (también inacabado, también publicado póstumamente). Existía en Martínez Estrada una conocida predilección por aplicarse a los objetos desbordantes, o la había en aplicarse

* Escritor y docente.

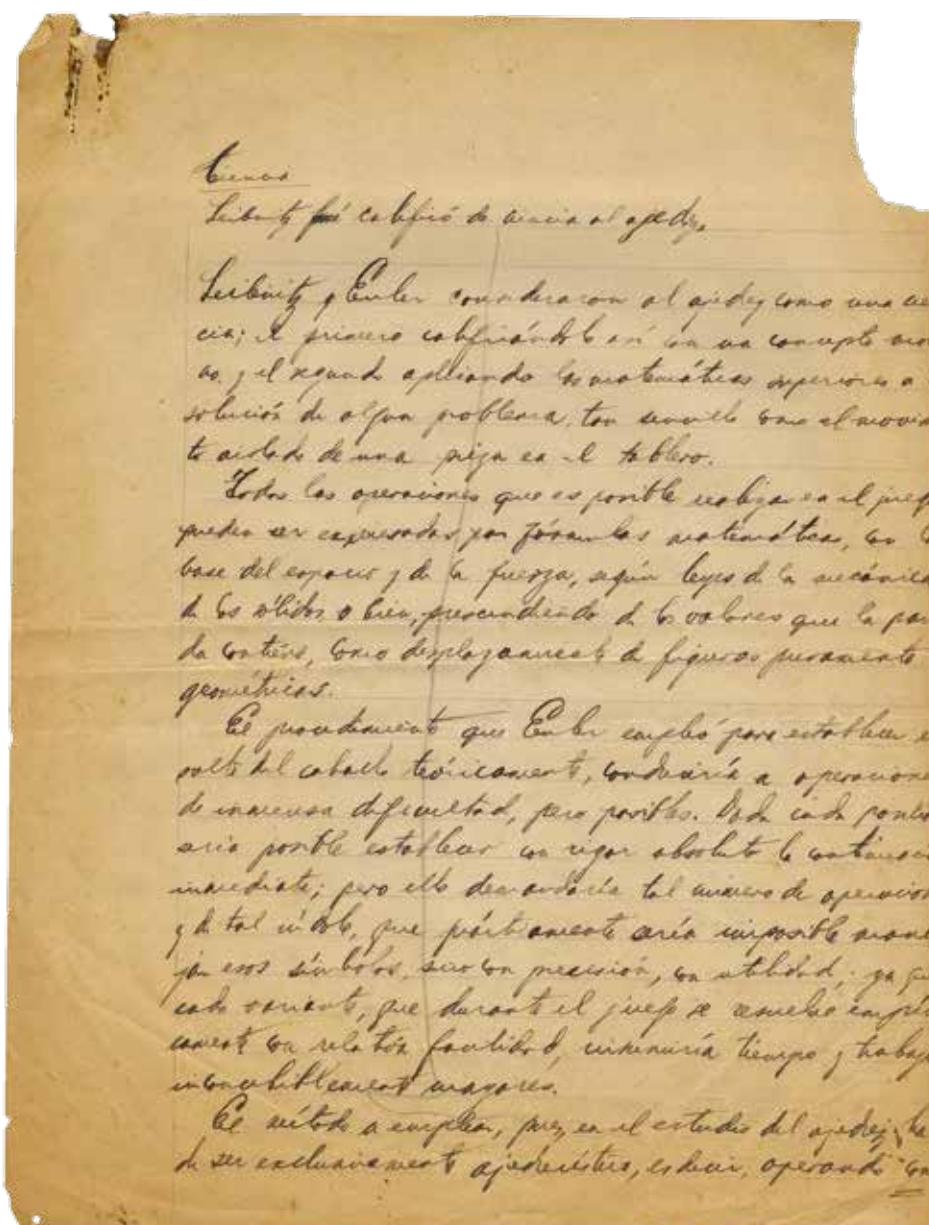
nota Los chinos usaron un tablero de 81 casillas, en un cuadrado de 9 X 9. También usaba un tablero de 100 escaques: "el gran ajedrez de Timur". Con respecto a nuestro tablero de 64 escaques, es curioso lo que Wordsworth Donisthorpe dice en su "A System of Measures", Londres, 1894: "El numero 64 es un producto del cuadrado de 8 y es también el cuadrado de un cubo y el cubo de un cuadrado, como los árabes hicieron notar hace mucho. Las 32 piezas están en relación con el campo total de operaciones. Ocupan la mitad, quedando libre la otra mitad para las operaciones estratégicas. Hay coincidencia entre el tablero y la milla inglesa y sus subdivisiones. Dividiendo cada casilla en diez tiras iguales, cada una de estas estrechas tiras es un acre (medida agraria de 9 a 46 acres). Dividiendo cada uno de estos acres en cuatro iguales, producimos 4 "roods". Cortando uno de estos roods en 40 fragmentos iguales, cada uno de ellos será un cuadrado; obtendremos 9 perchas cuadradas. Será permitido sugerir, por vía de contribución a la permanente discusión sobre la historia del ajedrez, que con toda seguridad la forma actual fue tomada por las naciones del norte, a través de formas más crudas del este. Los romanos ciertamente habrían construido un tablero de 144 casillas en sus primeros tiempos y de 100 más tarde; pero los del norte, con su instintiva preferencia por el sistema binario, ciertamente habrían elegido otro de 16 o 34 o 256 cuadrados y con toda probabilidad escogieron el de 64. Siendo así, tenemos preferencia por el "mágico 64" bien universal. Ocurrió que este ajedrez se ampliamente difundido como una suerte de lenguaje universal.)

a objetos más circunscriptos pero para hacerlos desbordar mediante su propio análisis. La vastedad, la sugestión de infinito, podía suscitarlas el objeto en la mirada de Martínez Estrada, o podía suscitarlas la mirada de Martínez Estrada para alojarlas a su vez en el objeto. El movimiento crítico, en cualquier caso, consistía una y otra vez en un juego aceptado y asombroso que le permitía apoyarse en un aspecto particular, para proyectarlo hacia una dimensión de trascendencia, o bien situarse en un plano muy amplio y abarcativo, para cifrarlo o inscribirlo en un elemento puntual: entre la técnica de los dedos en las cuerdas del violín y la condición humana, por ejemplo, o entre la marcación rítmica de un verso y el destino nacional.

¿Cómo no habría de fascinar, entonces, el ajedrez a Martínez Estrada, en principio para jugarlo pero sobre todo para escribir sobre él? Un espacio perfectamente delimitado y perfectamente subdividido, un puñado de piezas invariantes, un repertorio estricto de reglas más que nítidas: el ajedrez le proporcionaba así un todo restrictivo y restringido, a la vez que un todo de extensión indefinida; un mundo bien circunscripto, a la vez que un universo infinito; la cosa más tangible de todas (la "pieza tocada"), a la vez que un reino consumado de abstracciones y metafísicas; un juego, apenas un juego, a la vez que una máquina generadora de especulaciones filosóficas incessantes. Eso mismo que Martínez Estrada debió de alguna manera producir en la pampa o en la ciudad, en el violín o en el verso, se lo procuraba, casi sin más, el ajedrez.

Entonces sí, en efecto, y se diría que fatalmente, Martínez Estrada se lanzó a preparar su ensayo sobre el ajedrez (y, no menos fatalmente, lo dejó sin terminar). El ajedrez le ofreció una ocasión más que perfecta para intentar, una y otra vez, la maniobra crítica en la que era todo un experto, la que va de lo concreto a lo abstracto

y de lo abstracto a lo concreto, la que le permitía abstraer concreciones y concretizar abstracciones en alquimias conceptuales incansables. Porque el ajedrez, allí donde “una idea puede llegar a ser un acto”, donde “con conceptos puros, se llega a la formación de objetos positivos”, porque es lenguaje y obra objetiva al mismo tiempo, no consiste en otra cosa que en eso, esa conjunción impar de lo más abstracto y lo más concreto. ¿Cómo no habría de cautivar a Martínez Estrada esa lengua, la del ajedrez, que es “concreta y racional” a la vez que “abstracta y mística”, si de su lengua, la suya propia, la de Ezequiel Martínez Estrada, puede decirse más o menos lo mismo?



Manuscritos de *Filosofía del ajedrez*, de Ezequiel Martínez Estrada.
Fundación Ezequiel Martínez Estrada

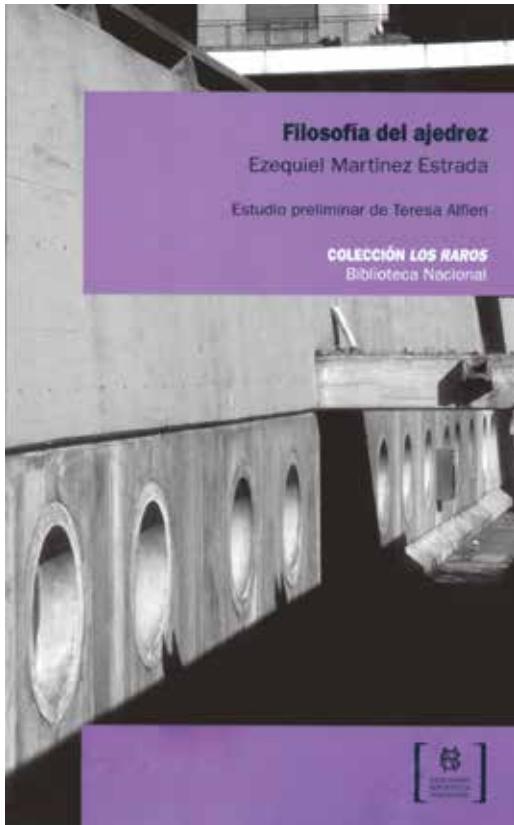
Asunto de la inteligencia y asunto de la voluntad, el ajedrez se le ofrece como un ámbito de desarrollo para las potencias del hombre. Y aun así, sin embargo, no puede decir Martínez Estrada sino que “siempre el ajedrez tiene razón sobre el ajedrecista”, no puede sino admitir que “el creador obedece a su obra”: las piezas rigen al jugador, que es quien las mueve, aunque sea quien las mueve. El sujeto impera, pues, en principio, porque razonamiento, memoria, elección, intelección, no son sino sus potestades; y por eso pueden discernirse distintos estilos de juego (el estilo, como en la literatura, es la objetivación del sujeto en el lenguaje) en distintos jugadores y en distintas épocas; pero el ajedrez se resuelve, en definitiva, como todo en Martínez Estrada, como destino o como fatalidad.

Ese juego de artificios en escalas, famosamente propuesto por Borges, por el cual el jugador mueve las piezas pero siendo, al mismo tiempo, una pieza que a su vez algún otro está moviendo, reaparece en Martínez Estrada, pero no para ser símbolo de algo: aparece para no ser símbolo de nada. Pues lo que quiere no es darle sentido a otra cosa; tiene por sí mismo un sentido, el sentido místico que detenta el ajedrez. Una mística que, abstracta, se hace concreta en cada tablero y en cada partida. Y que no apaga las inteligencias, puesto que es mística de las inteligencias, precisamente.

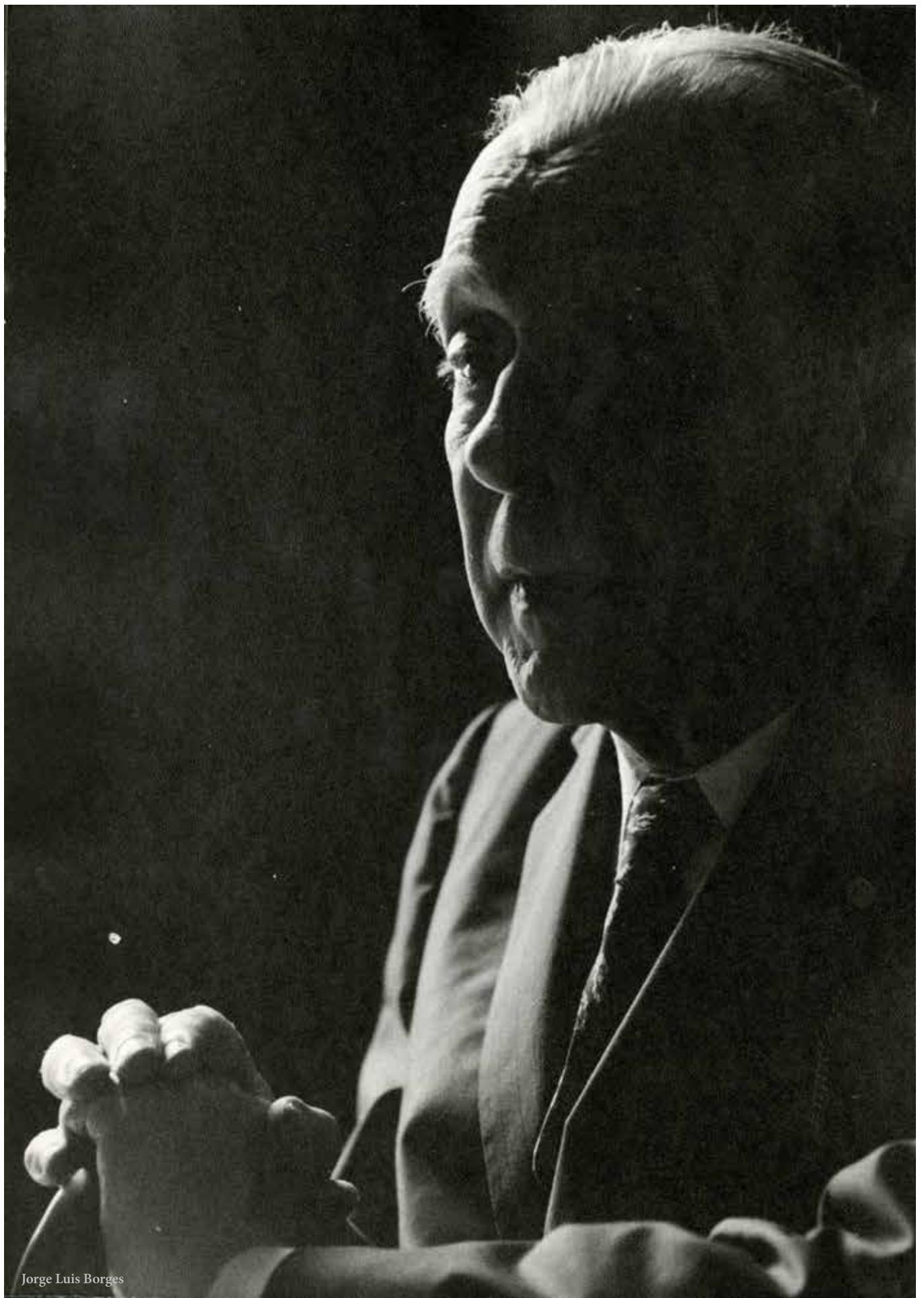
A Martínez Estrada el ajedrez le interesa ni más ni menos que en lo que es propiamente ajedrecístico y por lo que de lo propiamente ajedrecístico puede derivarse. Su filosofía del ajedrez es siempre filosofía suscitada en el ajedrez y desarrollada en el ajedrez, el ajedrez no es una excusa que sirva apenas como disparador para pasar a filosofar en un sentido genérico. De ahí su reivindicación del ajedrez como cosa autónoma, que no tiene conexión con ninguna realidad externa, que no tiene por qué aplicarse a otro orden de conocimientos, que no hay por qué comparar con la vida o con la guerra. Lo que tiene de lucha podría resultar, eventualmente, un símbolo sexual antes que bélico; pero resulta tanto más interesante concebirlo como lucha en sí mismo, y no como representación o simbolización de una lucha de otra índole. Lucha fría y serena, impiadosa y reflexiva, que permite remitirse a Maquiavelo o a Nietzsche, porque sus saberes de lo agonístico permiten una mejor comprensión del ajedrez, en vez de recurrir al ajedrez en función de una filosofía política sobre la administración del poder o de una filosofía nihilista sobre la voluntad de poder y la supresión de los dispositivos de la culpa (cuando Martínez Estrada escribe: “El ajedrez no permite el arrepentimiento”, hace que el ajedrez ilumine las concepciones nietzscheanas, en vez de intentar lo inverso, cayendo en la aplicación).

Si el ajedrez entra, como entra, en relación con la vida, es porque “no solo se piensa sino que se vive”. Lo que implica decir que involucra en sí mismo una vivencia, y no ya que figura la vida. Esa vivencia, a su vez, es singular, no se parece a tantas otras, porque proviene de una labor exclusivamente intelectual. En vez de disociar, por lo tanto, inteligencia y vivencia, pensar y vivir, Martínez Estrada los conjuga, los hace confluir: el ajedrez es cálculo, pero también es emoción; es estudio y razonamiento y teoría, pero también es neta pasión; en este juego, “la sensibilidad juega un papel tan importante como la inteligencia abstracta”.

Ahora bien, ¿no podría decirse, en verdad, estas mismas cosas, acerca de la ensayística de Ezequiel Martínez Estrada? Su manera de escribir ensayos, ¿no respondía, en definitiva, a una forma semejante de integrar inteligencia analítica con pasión, razonamiento especulativo con sensibilidad, estudio sistemático con intuiciones; no se imponía en sus ensayos un afán de convertir las ideas mismas en actos, y en todo y por sobre todo (pensemos, por ejemplo, en *¿Qué es esto?*), un categórico sentido de lucha? Por eso es que un ensayo sobre el ajedrez resultaba ineludible para alguien como Martínez Estrada. Y es por eso que era ineludible que no pudiese terminarlo. ¿O podía, llegado el caso, terminar de escribir ensayos? ¿O acaso podía dejar de ensayar y de ensayar?



Filosofía del ajedrez (Ediciones BN, 2008) fue escrito entre 1915 y 1930. Esta obra, al igual que las subsiguientes, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, *Los invariantes históricos en el Facundo* y *La cabeza de Goliat*, están pobladas de imágenes —los invariantes, los rayos X, el análisis desde arriba y la paradoja— que provienen del universo ajedrecístico.



Jorge Luis Borges

Sobre Borges y el ajedrez: el jugador y la pieza

*Por Guillermo Martínez**

Se sabe que fue el padre quien le enseñó, en alguna tarde de la infancia, los rudimentos del juego. Y fue también el padre quien, en alguna otra tarde, tradujo de una versión inglesa el poema de Omar Jayam, con su nítida imagen que lo alcanzaría en el tiempo:

El mundo es un tablero cuyos cuadros
son noches y son días y el Azar
a un antojo nos mueve como a piezas.
Luego las piezas a la caja van.

Así, Jorge Guillermo Borges dio a su hijo un doble legado: la posibilidad de jugar y la posibilidad de pensar sobre el juego. Borges nunca se convertiría en un jugador de ajedrez (ni siquiera lo practicó con regularidad, de adulto) pero sí se lo apropiaría simbólicamente, como uno de los elementos recurrentes a lo largo de su obra, a la par de laberintos, tigres, infinitos, bibliotecas, espejos. Una indagación exhaustiva de las menciones al ajedrez en cuentos, ensayos y poemas fue ya cumplida en distintos artículos. De todas esas alusiones y metáforas, señalaré solo dos aquí, para mí las principales, que en definitiva se revelarán como la misma.

La primera es la partida de ajedrez como premonición, como versión depurada, en una altura platónica, de un destino por cumplirse. Cuenta Vladí Kociancich, que fue alumna de su primer curso casi privado de Literatura Anglosajona y amiga muy cercana el resto de su vida, que a Borges lo admiraba, en la *Edda mayor*, la imagen entrevista por la sibila de los tableros de ajedrez de oro sobre la hierba después del fin del mundo. Así la registra en *Literaturas germánicas medievales* (escrito en colaboración con María Esther Vázquez):

El sol se oscurece, la tierra se anega en el mar, del firmamento caen las claras estrellas. La sibila hace un esfuerzo último y ve la tierra que resurge y los dioses que vuelven a la pradera, como al principio, y encuentran las piezas de ajedrez en el pasto y hablan de las batallas que fueron.

* Escritor y matemático.

Borges, como todo lector incesante, creía que había algo así como formas universales de las ficciones, que reaparecían con variaciones de época en época. En *Cuentos breves y extraordinarios* compila junto con Adolfo Bioy Casares dos versiones de la idea de una partida que se libra a la par de una batalla y cuyos avances y retrocesos prefiguran los de los ejércitos enfrentados. Para enfatizar la similitud, titulan igual a los dos relatos: “La sombra de las jugadas”.

El primero de ellos reaparece como una ficción dentro de la ficción en boca de uno de los personajes de su cuento “Guayaquil”:



En los *Mabinogion*, dos reyes juegan al ajedrez en lo alto de un cerro, mientras abajo sus guerreros combaten. Uno de los reyes gana el partido; un jinete llega con la noticia de que el ejército del otro ha sido vencido. La batalla de hombres era el reflejo de la batalla del tablero.

Como prolongación y avatar propio de esta idea, en el principio de su cuento “El milagro secreto”, el protagonista, un estudioso del judaísmo, sueña con un “largo ajedrez” una noche de marzo de 1939.

Se dice sobre ese juego: “No lo disputaban dos individuos sino dos familias ilustres; la partida había sido entablada hace muchos siglos”. El soñador es el primogénito de una de las familias rivales. Corre por las arenas de un desierto lluvioso y no logra recordar las figuras ni las leyes del ajedrez que le permitan realizar la “impostergable jugada”. Al despertar, en el amanecer, “las blindadas vanguardias del Tercer Reich entraban en Praga”.

La segunda metáfora tiene que ver con el infinito. En su artículo “Cuando la ficción vive en la ficción”, Borges recuerda que la idea de infinito le fue dada también por primera vez en la infancia:

Debo mi primera noción del problema del infinito a una gran lata de bizcochos que dio misterio y vértigo a mi niñez. En el costado de ese objeto anormal había una escena japonesa; no recuerdo los niños o guerreros que la formaban, pero sí que en un ángulo de esa imagen la misma lata de bizcochos reaparecía con la misma figura y en ella la misma figura y así (a lo menos, en potencia) infinitamente...

Podemos llamar “descendente” a esta clase de infinito que se construye añadiendo a cada término un sucesor “hacia abajo” o “hacia adelante” (tal como ocurre con los números enteros positivos). Borges lo reencuentra en el mapa de Josiah Royce: “un mapa de Inglaterra, dibujado en una porción del suelo de Inglaterra: ese mapa —a fuer de puntual— debe contener un mapa del mapa, y así hasta lo infinito...”

Posteriormente usa esta idea para el abismamiento también vertiginoso en su cuento “El Aleph”:

... vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez
el Aleph y en el Aleph la tierra...

Simétricamente, hay otra clase de infinito —relacionado también con la idea de primer motor en filosofía— que podríamos llamar “ascendente”, y que se obtiene al añadir a cada término un antecesor (tal como ocurre con los números enteros negativos). Borges también acudió a esta clase de recursión “hacia atrás” o “hacia arriba” en poemas y ficciones. Notoriamente en el final del cuento “Las ruinas circulares”, cuando el personaje del demiurgo que sueña advierte que él también es sueño de algún otro. Pero también en el final del poema “El Golem”, cuando el rabino mira con desencanto a su criatura y los dos últimos versos recuerdan en su ironía que él —nosotros— somos también creación de alguien posiblemente desencantado:

¿Quién nos dirá las cosas que sentía
Dios, al mirar a su rabino en Praga?

Su famoso poema “Ajedrez” —que sus editores no querían publicar, como cuenta él mismo divertido en un reportaje— conjuga en sus tercetos finales las dos metáforas:

También el jugador es prisionero
(la sentencia es de Omar) de otro tablero
de negras noches y blancos días.

Dios mueve al jugador, y este, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonías?

En efecto, la idea del desdoblamiento creador-criatura, jugador-pieza, partida simbólica-batalla real da el pie lógico inmediato para la ascensión infinita: si podemos crear es porque somos creados, pero también —segundo paso— fue creado nuestro creador, y así *ad infinitum*... Del mismo modo, si podemos jugar una pieza, es posible que seamos a la vez piezas jugadas, sombras movidas en una partida más alta, en una ascensión potencialmente interminable.*

Hay finalmente, un último homenaje de Borges al ajedrez en su poema “Los justos”. En este caso, a su práctica, como ejercicio discreto y desinteresado de la inteligencia. Entre las personas anónimas, entre los justos contemporáneos que “están salvando al mundo”, reserva un lugar para “dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez”.

* Un detalle curioso aquí. “La sentencia de Omar”, en coherencia con el pensamiento filosófico de Omar Jayam, invocaba al azar por sobre las criaturas (“y el Azar / a un antojo nos mueve como a piezas”). Borges, que era declaradamente agnóstico, sino ateo, prefiere para su versión el artificio más seductor de una torre infinita de dioses, uno sobre el otro.



Rodolfo Walsh

Los tableros de Walsh

*Por Luciano Ciruzzi**

El procedimiento de cifrar en una imagen o en una escena lo esencial de la existencia de un personaje es típicamente borgiano, aun cuando para Borges sea un recurso extraído de Dante, y aun cuando no sea imposible rastrear ese mecanismo en Homero. Walsh también procede así muchas veces, por ejemplo al presentarnos a Díaz, uno de los fusilados sobrevivientes de los basurales, quien en un momento juega al chinchón y en otro momento ronca. “En estas dos instantáneas puede resumirse toda la vida de un hombre”.

Intentar dar con la milimétrica pincelada que pinte a una vida de un tirón es siempre una tentación; se trata de un artilugio estético y económico de gran efecto. Sin embargo, hay vidas que no se dejan encorsetar en instantáneas, que desbordan las clasificaciones y se escapan de cualquier categorización definitiva. La vida de Rodolfo Walsh es una de ellas, y entonces no conviene decir que él fue esencialmente así o así, pero para no abandonar la posibilidad de captarlo de algún modo íntimo y profundo podemos hacer el intento de señalar la persistencia de una pasión. Walsh y el ajedrez. Juega el blanco.

Apertura. El ajedrez es método, inteligencia. Está en la parte más distanciada del mundo: en el café. Escritura de *Variaciones en rojo*. Policiales geométricos que incluyen diagramas. Lo moral todavía se reduce a lo legal. Solo hay lugar para una mente calculadora y fría como la de Daniel Hernández, primer detective de Walsh. Uno de los textos, “Asesinato a distancia”, es precedido por un epígrafe de Omar Jayam, y ahí ya está el juego-ciencia, mucho antes de que Borges escriba sus sonetos sobre el ajedrez e inserte casi la misma cita de Jayam en unos de los versos (¿Quién es influencia de quién, en dónde la trama empieza?).

Medio juego. El ajedrez es metáfora. Invención del Comisario Laurenzi: la existencia perdida del ajedrecista de café se hace personaje. Ya no está la hiperlogitud de Daniel Hernández, ahora están los silogismos melancólicos del Comisario. “Ciertas situaciones de algunas partidas de ajedrez me hacen acordar de otras situaciones. Eso es todo”. El juego imita a la realidad. No al revés, todavía no llegó el

* Docente de ajedrez.

a
pág.
8
1
"Agrego al declarante que la comisión encomendada
era terriblemente ingrata para él que habla, pues,
salía de todas las funciones específicas de la policía."

Redon 12
bet.
muyra

Gobernación Inspector Rodolfo Rodríguez Moreno

ORDEN 2 f

Centro 10/12 m 20
Nº 8/10

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© by Continental Service, Buenos Aires, 1969

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Talleres Gráficos "Yunque" S.R.L. - Combate de los Pozos 980.

DESDE AQUÍ E. N. P.—

RODOLFO WALSH

OPERACIÓN MASACRE

A Enrique Muñiz / fm

a pag
9 -
8/6c
de Correg
2
d.e.

PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN

La primera noticia sobre los fusilamientos clan-
destinos de junio de 1956 me llegó en forma casual,
a fines de ese año, en un café de La Plata donde se
jugaba al ajedrez, se hablaba más de Keres o Nim-
zovitch que de Aramburu y Rojas, una única ma-
niobra militar que gozaba de algún renombre era el
ataque a la bayoneta de Schlechter en la apertura
siciliana.

En ese mismo lugar, seis meses antes, nos ha-
bía sorprendido una medianoche el cercano tiroteo
con que comenzó el asalto al comando de la segunda
división y al departamento de policía, en la fraca-
sada revolución de Valle. Recuerdo cómo salimos en
tropel, los jugadores de ajedrez, los jugadores de co-
dillo y los parroquianos ocasionales, para ver qué
festejo era ese, y cómo a medida que nos acercábamos
a la plaza San Martín nos ibamos poniendo más
serios y éramos cada vez menos, y al fin cuando
crucé la plaza en caminol, y cuando entré a la esta-
ción de ómnibus vi que había nuevo unos cuantos,
inclusive uno que era un hombre de vigilante que
se había puesto a gritar con unas gomas y decía
que, revolucionados, que iban a quitar el
arma, qué cri... se lo que pasó en el año 1901.

Recuerdo que después volví a encontrarme solo,
en la oscuridad calle 54, donde tres cuadras más
adelante debía estar mi casa a la que quería llegar
y finalmente llegué dos horas más tarde, entre el
aroma de los tilos que siempre me ponía nervioso,
y esa noche más que otras. Recuerdo la incoercible
autonomía de mis piernas, la preferencia que, en
cada bocacalle, demostraban por la estación de ómnibus,
a la que volvieron por su cuenta dos y tres
veces, pero cada vez de más lejos, hasta que la

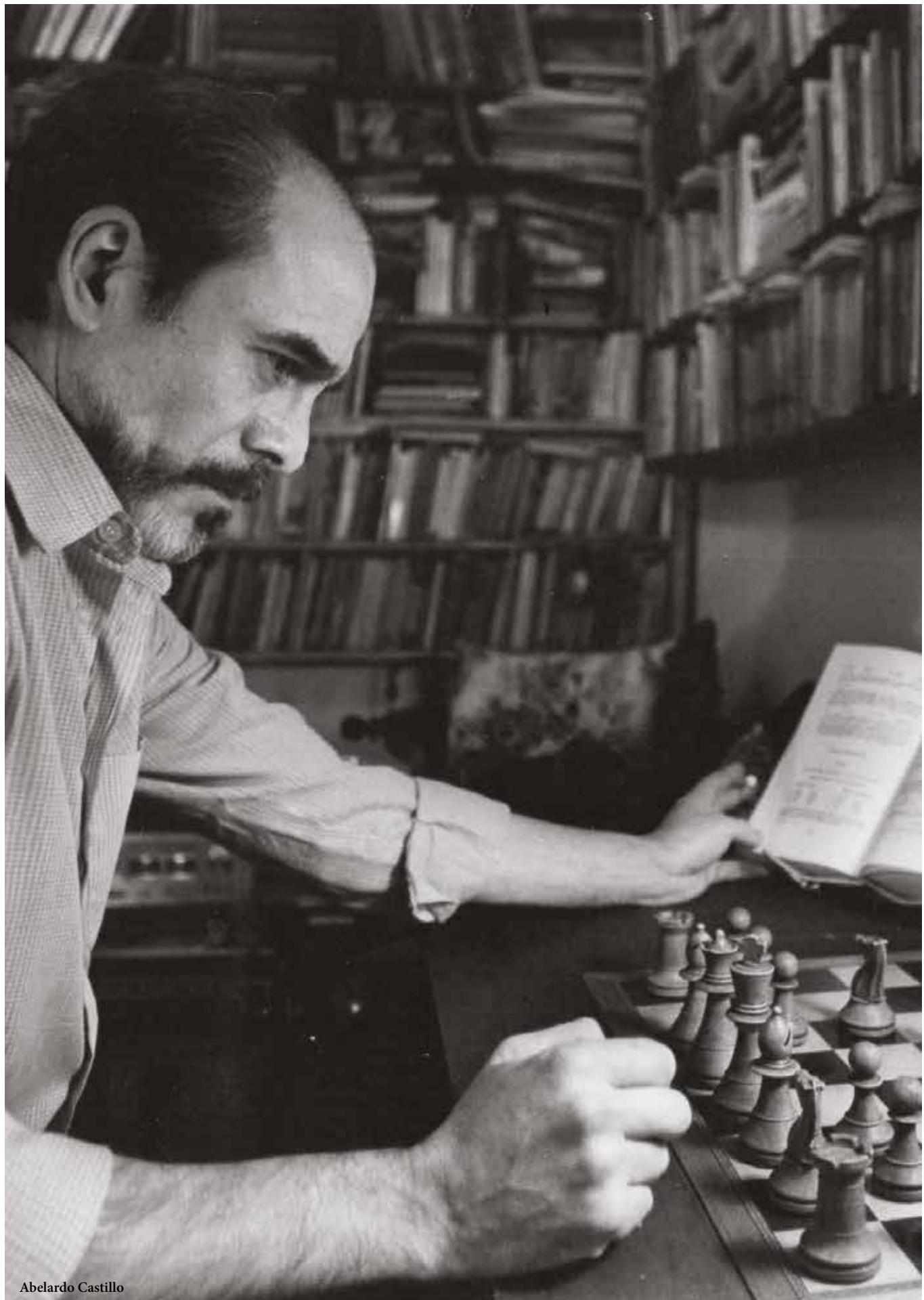
Prueba de impresión de *Operación Masacre* con correcciones del escritor, 1969.
Fondo Aníbal Ford, Biblioteca Nacional

momento, pero falta poco. Hay silencio y concentración en la medianoche del café del centro de La Plata hasta que de pronto se oyen tiros. Junio del 56. La realidad irrumpió en el tablero, pero “Perón no me interesa, la revolución no me interesa. ¿Puedo volver al ajedrez?”. Vuelve al ajedrez por un rato hasta que un amigo le cuenta que hay un fusilado que vive. *Operación Masacre*. Algo cambia definitivamente. La cosa se hace testimonial.

Final. El ajedrez es cuerpo. El juego se juega desde el juego mismo. No hay un afuera del tablero. Experiencia en Cuba. Claro que ahora importa la revolución. También importa la denuncia porque se sienten íntimamente las injusticias, la tarea no es solo la de la recopilación de datos, se trata de investigar para hacer una certa evaluación de la posición. Evalúa el ajedrecista y actúa en consecuencia. El oficio del escritor hace tierra. Ficciones que tienen el pulso de lo autobiográfico y la piel de la época. Son ajedrezadas consideraciones —tácticas y estratégicas— las que lo llevan a Walsh al peronismo. El reloj del juego parece acelerar su ritmo.

Últimos movimientos. El 31 de marzo de 2015 murió Lilia Ferreyra, última compañera de Walsh, quien compartiera con él la experiencia en el peronismo revolucionario hasta los trágicos días finales. En 2008, al cumplirse treinta y un años de la desaparición del autor de *Operación Masacre*, Ferreyra publicó una contratapa en *Página/12* titulada “El buen jugador”. Allí recordaba con ternura algunos momentos de la relación: “Quise aprender a jugar al ajedrez e hicimos algunas partidas desalentadoras porque la diferencia entre la principiante y el maestro era abismal”. Tal parecía ser la diferencia de nivel que optaron por iniciarse juntos en el aprendizaje de otro juego —otro ajedrez, claro, no podía intervenir el azar—. Se trataba del ajedrez chino, el go. Pero en este juego Rodolfo también obtenía siempre alguna ventaja y, dice Lilia, al terminar la partida no podía evitar analizar cómo había sido su desarrollo: “Te demorás en comer una pieza. Es una jugada táctica en el vacío porque al mismo tiempo no vas previendo tu ubicación futura en todo el tablero. Ganar así en un momento del juego no lleva a ganar la partida. Lo peor es seguir empecinado con una pieza sin darse cuenta de que ya se está derrotado”.

Similares críticas haría Walsh a las cúpulas de Montoneros. Los tableros se confunden y se funden. Se llega así al punto más alto del drama. Como si fuera el fin de un espiralado recorrido desde afuera hacia el centro donde convergen densamente juego, biografía e historia. De las muchas conversaciones que surgen en las noches clandestinas de ajedrez va prefigurándose el esquema de la “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar”. Fin de las palabras para *decir a Walsh*. Caduca cualquier posibilidad de metáfora y cualquier intento de definición. Todo lo desborda ese último acto de valentía. La carta tiene fecha del 24 de marzo de 1977. Al día siguiente lo asesinan. Su cuerpo permanece desaparecido.



Abelardo Castillo

El aliado fiel

*Por Sylvia Iparraguirre**

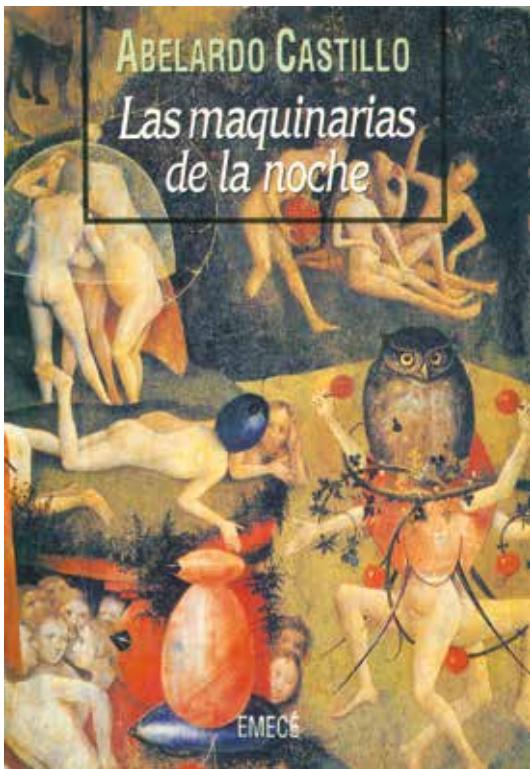
En el dedo mayor de la mano derecha tengo dos anillos, los únicos que A usó: una alianza y un anillo liso, de plata. El de plata lo encontramos una tarde de 1989 caminando por la Boca. Se lo puso junto a la alianza y dijo: Este es mi casamiento con vos, y este (el que acabábamos de encontrar) mi casamiento con la literatura. Nunca más se lo quitó. Pienso en un tercer anillo intangible: el que celebra sus bodas con el ajedrez. Unión apasionada y, por épocas, conflictiva, el ajedrez fue para A un juego amado que lo acompañó desde la adolescencia hasta el final; el “más complejo y hermoso que han inventado los hombres”, escribió. También fue un rito cotidiano, una parte íntima de nuestra vida en los cuarenta y seis años que tuvimos juntos.

Vida y literatura conviven, indisolublemente unidas, en los libros de A. No por una mera cuestión biográfica (“Mentir es el oficio del escritor para decir la verdad”, dijo), sino por la manera absoluta, incondicional, con la que se entregó a su destino de escritor; también podría decir, a la causa de la literatura, a la causa de la poesía. Del mismo modo, el ajedrez fue parte entrañable de su vida, y, por etapas, ocupó un lugar central: como competencia, como desafío ante la máquina, como refugio cuando no escribía o cuando había algo que lo hería o preocupaba, como posesión de una belleza abstracta. El de los ajedrecistas es un mundo particular: intenso, lleno de personajes disímiles, extraordinario en su poder de abolir el tiempo y la realidad; un mundo muchas veces humorístico y hasta delirante. No valen la edad, el sexo, la profesión, lo cultos o incultos que sean los jugadores: solo hay un tablero y dos frente a frente. Ese enfrentamiento, solía decir, podía llegar a ser más violento que una lucha cuerpo a cuerpo.

A los trece años, en San Pedro, con Benito Aldazábal, compañero inseparable de torneos, eran el terror de los jugadores experimentados. Aldazábal recuerda que, al año de empezar a estudiar los dos con Eduardo Solari, A “ya le ganaba usando siempre el estilo de Capablanca, jugando con brillantez los finales de partida”. La primera vez que A nombra el ajedrez en sus *Diarios (1954-1991)* es en 1956. Tiene veintiún años: “En los finales artísticos de ajedrez, como en el trato con las personas, lo lógico nunca da resultado”. En 1972: “He vuelto a jugar casi furiosamente

* Escritora.

al ajedrez”; en 1976: “En los últimos meses no he hecho otra cosa que escuchar música y jugar solo al ajedrez. Por ‘jugar solo’ se entiende reproducir partidas, estudiar aperturas y hasta inventar alguna variante personal (he descubierto una jugada sorprendente en el ataque Max Lange que, dicho sin el menor delirio, es como para poner los pelos de punta)”. Y aclara en una nota al pie: “Para poner los pelos de punta, en efecto. Lástima que ya la había descubierto Emanuel Lasker (*El sentido común en ajedrez*) hace más de cien años”. Jugada que lo llevó a escribir el cuento: “La cuestión de la dama en el Max Lange”, publicado en *Las maquinarias de la noche*.



Hay innumerables anécdotas: una partida legendaria, por mil pesos, con Rodolfo Walsh; una fiesta en casa de Egle Martin, a la que llegan con Walsh y un tablero y se ponen a jugar en un rincón, lo que indica la idea que ambos tenían de lo que era una fiesta. Hay años de incontables viajes en tren reproduciendo partidas que, en picos de entusiasmo, me comentaba, sin importar que yo no supiera de qué me estaba hablando; interminables noches que pasé en el Centro de Comercio de San Pedro, con un libro en una mesa

apartada, esperando que terminaran de jugar, hasta que el sonido de las piezas me avisaba que todo volvía a empezar; el humor y el sigilo con los que, una noche, ocultó un grabador a fin de registrar esa jerga típica de los ajedrecistas, mantras sin sentido o creaciones del lenguaje al borde de la conciencia que pronuncian los jugadores, abstraídos por completo en el tablero. Hay historias que lo fascinaban, como la de Sultan Khan, el extraordinario jugador indio espontáneo que le ganó a Capablanca y llegó a estar entre los diez primeros del mundo siendo analfabeto. Hay recuerdos de interminables series de partidas de ping-pong con su primo Patín Castillo; de una tarde, en el Club Argentino de Ajedrez, adonde nos había llevado Antonio Carrizo junto a Benito Aldazábal y su mujer, Mirta, para que conociéramos a Bobby Fischer (Fischer nunca se acercó: se acodó en la barra del Club y desde ahí nos miraba con desconfianza, ya que la compañía de mujeres, al menos en el ámbito del ajedrez, no le era agradable); de una inolvidable noche en casa, hablando de ajedrez y literatura, con Carlos García Palermo y los integrantes de *Gambito de Papel*.

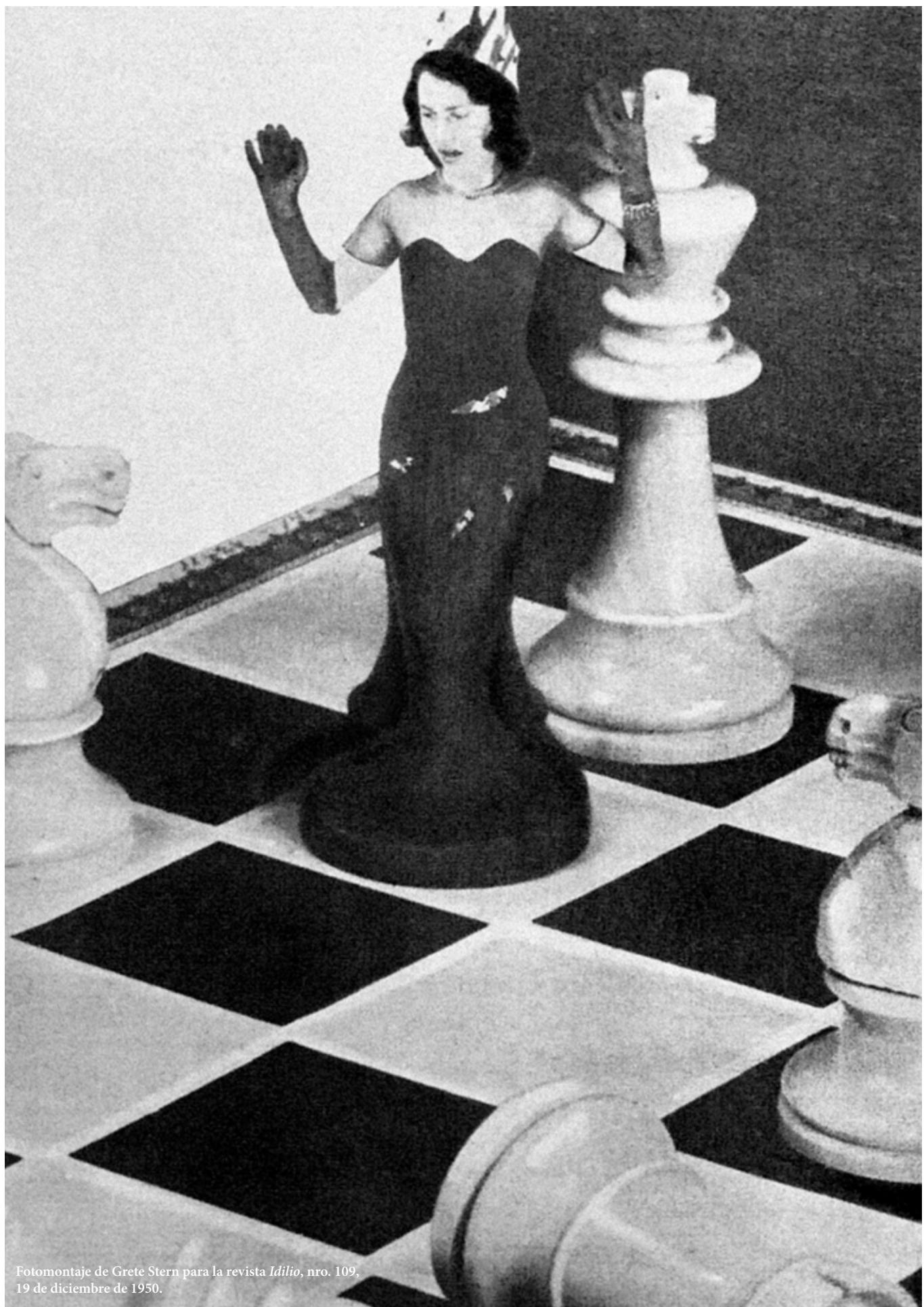
El ajedrez, para A estaba en San Pedro. El Torneo Mayor era su desafío máximo. En septiembre de 1976, escribe en su diario: “Para ser franco, este torneo —que será quizás el último que juegue— me preocupa tanto como la literatura. O más”. Poco después: “Y bien, gané el torneo. [...] Voy a participar (quizá) en el Mayor y no juego

más". Pero siguió jugando. Y en noviembre de 1981: "... desde hace un mes estoy jugando el Torneo Mayor. Es formidable que haya tenido el coraje de inscribirme. El hecho es que también necesito ser yo para jugar buen ajedrez: aunque hasta ahora gané todas las partidas, estoy jugando frívolamente [...] Solo un escritor que además ame el ajedrez, que entienda el sentido trascendente del ajedrez, podría comprender por qué esto también tiene que ver con la literatura, y por qué, por fin, puedo escribirlo con naturalidad". Pero el ajedrez, hermoso y obsesionante, como deidad que se cobra un diezmo, asumió también formas sombrías: la de las pesadillas de las que no podía despertar creyendo que despertaba dentro del sueño, reproduciendo partidas infinitas o viendo posiciones en el tablero con una fijeza hipnótica, de las que no podía huir.

Cuando Bent Larsen, varias veces candidato a campeón mundial, estuvo en San Pedro en 1981 dando una simultánea a cuarenta tableros, A le hizo tablas. Esa noche, durante la cena, Larsen "destacó la riqueza de su juego y le sugirió que se pusiera a estudiar a fondo y buscara un maestro en Buenos Aires porque tenía asegurado llegar a maestro internacional", recuerda Aldazábal, quien fue el otro jugador que le hizo tablas. Había llegado el momento en que el tema, que siempre fue profundo, dejó de ser humorístico en la superficie de las anécdotas, porque A empezó a sentir que debía tomar una decisión. No podía ser frívolo escribiendo, tampoco podía ser frívolo jugando al ajedrez. Entonces armamos un bolso con gran parte de su biblioteca dedicada al ajedrez y la llevamos a San Pedro, a un club que empezaba a preparar chicos. No participó más en torneos, no jugó más frente a otros jugadores y, por un tiempo, tampoco con la máquina. Escribe en su diario: "... borré de esta computadora el programa de ajedrez. Una especie de mutilación". No fue un tiempo largo. El ajedrez, aliado incombustible, volvió con fuerza a su vida, de la que nunca se había ido. Bajó un programa de muy alto nivel y restableció su ritual fiel frente a la máquina, en partidas de regocijo o de horas de análisis.

La última anotación de su diario es del 28 de marzo de 2017, la madrugada posterior a su cumpleaños.

Cuando todos se fueron, me acosté a dormir. Una hora después me desperté de golpe, vine al escritorio y encendí la computadora. En el nivel más alto del programa, jugué una partida de ajedrez. Un Ruy López, defensa Cordel, variante Charousec, que no había mirado en mi vida. En la jugada quinta hice a4 y se armó una especie de tempestad. Cómo, no sé; pero gané por escándalo un final de torres de problema ¡en la jugada 104! (Este programa no abandona nunca, sigue hasta el mate): cosa que ocurrió hace solo unos momentos. La partida quedó registrada.



Fotomontaje de Grete Stern para la revista *Idilio*, nro. 109,
19 de diciembre de 1950.

El ajedrez en el arte

*Por Fernando Maskin**

El ajedrez y el arte han cruzado sus caminos durante siglos. Las expresiones artísticas han sabido representar al juego en distintas épocas y situaciones. Recién entrado el siglo XIX tuvo el arte como propósito abrazar al ajedrez y nutrirse de su fuerza metafórica.

Los artistas que han realizado obras inspiradas en el ajedrez durante los últimos doscientos años son innumerables y solo podríamos en este espacio señalar algunos: desde Francia, Henri Matisse (1869-1954) lo introdujo en varias de sus obras; Eugène Delacroix (1798-1863) pintó el célebre “Árabes jugando al ajedrez” y Honoré Daumier (1808-1879), “Los jugadores de ajedrez”; la Península Ibérica nos ha brindado al cubista español Juan Gris (1887-1927), creador del “Tablero verde y negro” y a la portuguesa María Helena Vieira da Silva (1908-1992), quien creó “La partida de ajedrez” y “Jaque Mate”.

En nuestro país, resultan memorables la pintura de Raúl Soldi “Retrato de jugadoras de ajedrez”, la serie de ajedrez de Vito Campanella y el místico “Pan-ajedrez” de Xul Solar; también debemos incluir en esta serie el retrato del jugador Roberto Grau por Berni, y aún numerosos ejemplos más.

En la historia artística argentina, es posible destacar a cinco artistas que han visto en el ajedrez una fuente de inspiración para sus ideas.



Oscar Panno por Hermenegildo Sábat

* Docente de ajedrez y psicoanalista.

Marcel Duchamp

(Blainville-Crevon, 1887- Neuilly-sur-Seine, 1968)



Juego de ajedrez artístico creado por Marcel Duchamp durante su estadía en Argentina

Reconocido internacionalmente como el fundador del arte conceptual, el francés Marcel Duchamp vivió en Argentina durante 1918 y 1919. Durante su estadía en Buenos Aires, frecuentó el Club Argentino de Ajedrez y tomó clases con destacados docentes. Poco a poco dejó el arte a un costado para dedicarse casi de manera exclusiva al juego, ya que —según él mismo escribió— halló en el ajedrez un arte no comercializable. Entre las escasas producciones de este período, se cuenta la del diseño de un juego de piezas artístico.

A su regreso a Europa, en 1923, se instaló en Bruselas y se fortaleció como ajedrecista. Alcanzó a formar parte de la élite francesa de ajedrez, por lo que fue invitado a participar en las olimpiadas que se realizaron ese año representando a su país.



Hace mucho tiempo que quería escribirles, pero no encontraba el momento: a tal punto el ajedrez absorbe mi atención. Juego noche y día y nada me interesa más en el mundo que encontrar la movida justa. Perdonen entonces a este pobre idiota maniático. Yo sé que ustedes son buenas y me perdonarán. Nada pasa aquí de trascendental: huelgas, muchas huelgas y el pueblo que se agita.

Carta de Duchamp a Carrie, Ettie y Florine Stettheimer. Buenos Aires, 3 de mayo de 1919.



Notación de la partida disputada entre Marcel Duchamp y el argentino Valentín Fernández Coria el 19 de julio de 1924 durante las Olimpiadas de Ajedrez en París



Marcel Duchamp en el balcón de su taller de la calle Sarmiento. Buenos Aires, enero de 1919



Fotomontaje de Grete Stern para la revista *Idilio*, nro. 109, 19 de diciembre de 1950.

el reverso de este ideal femenino, mostrando el aspecto sombrío y oscuro que emergía en los sueños que las lectoras comunicaban. En alguna ocasión, la artista se sirvió del ajedrez para ilustrar estas escenas oníricas.

Grete Stern

(Elberdelf, 1904-
Buenos Aires, 1999)

La fotógrafa alemana, de prestigio internacional, se casó en 1935 con su colega, el argentino Horacio Coppola, y adoptó en 1956 la nacionalidad de su esposo. En Buenos Aires trabajó para diferentes editoriales y agencias de publicidad.

Entre 1948 y 1951, produjo para la sección "El psicoanálisis le ayudará", de la revista *Idilio*, sus reconocidos fotomontajes surrealistas a partir de cartas de lectoras que narraban sus sueños. La revista revelaba su orientación en cada portada: "Revista juvenil y femenina". Grete Stern trabajó en ella no sin tensión ideológica, ya que su perspectiva de género, adelantada a su tiempo, entraba en conflicto con la línea editorial de la revista, cuyo destinatario eran mujeres adaptadas a los patrones de feminidad de la época. En sus fotomontajes, Stern logró expresar

León Ferrari

(Buenos Aires, 1920-2013)

El arte de Ferrari ha causado enorme controversia, polémica y admiración. Uno de los temas recurrentes en toda su obra ha sido el temor al castigo eterno cultivado por el cristianismo a través de los siglos, advirtiendo que la propia idea de un infierno es ya en sí mismo un suplicio. En su arte, convoca a Cristo y al diablo, y

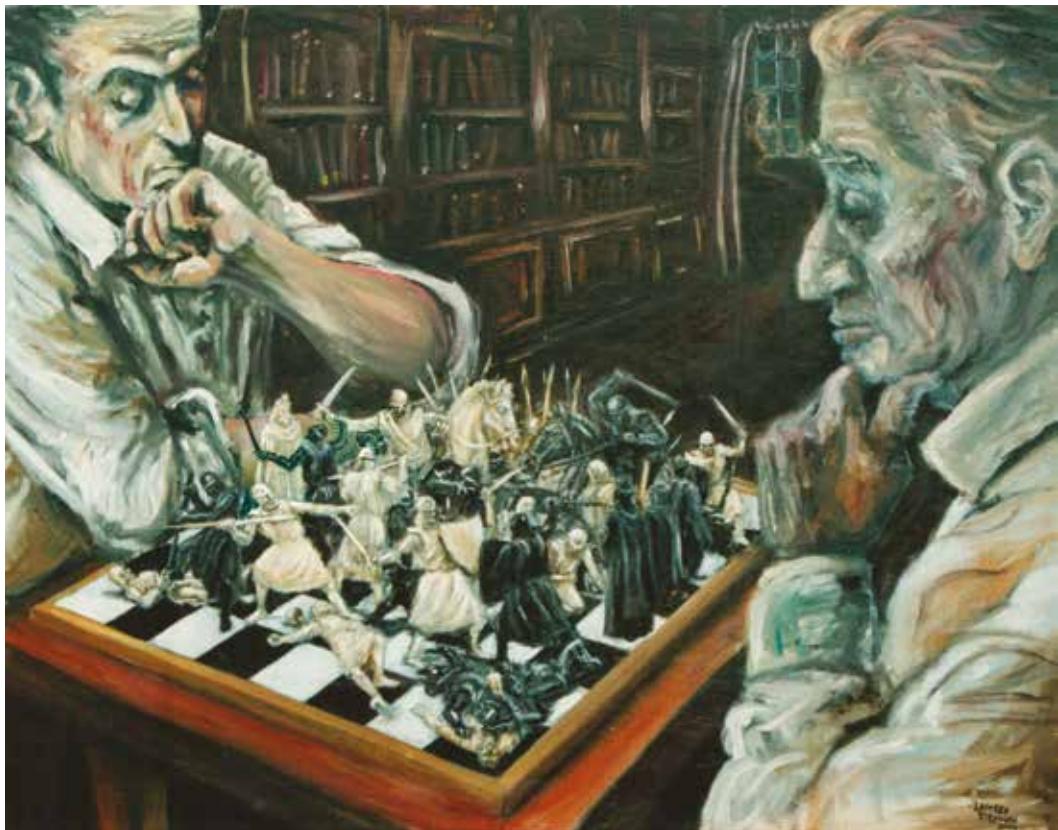
los hace convivir con elementos mundanos. En el marco de este enfrentamiento abierto con el cristianismo, por el cual se llegaron a prohibir sus muestras artísticas, Ferrari creó la serie *Ajedrez*; en ella, dispuso sobre tableros elementos de la iconografía cristiana, evidenciando un gran sentido político.



Tablero intervenido por León Ferrari. Sin título, serie *Ajedrez*, 2006

Lautaro Fiszman

(Buenos Aires, 1975)



Los otros, de Lautaro Fiszman. Óleo sobre tela, 80 x 100 cm, 2004

Este pintor ha recorrido un largo camino por la ilustración y la historieta a través de múltiples producciones. Atraído por las temáticas de la dominación y la guerra, ha pintado una serie

de cuadros dedicados enteramente al ajedrez, entrecruzando, en varios de ellos, el mundo medieval y el mundo moderno.

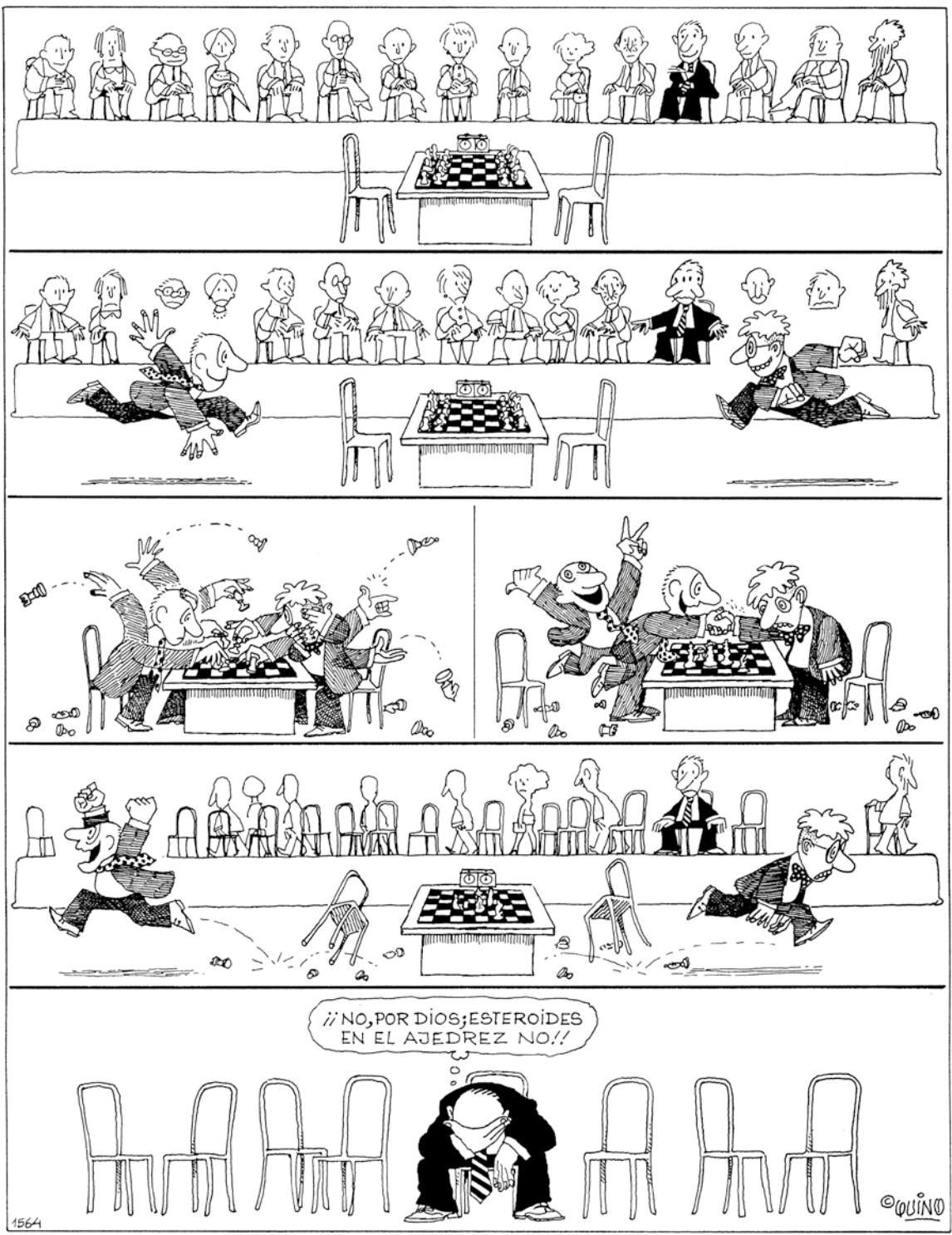
Jorge Díaz Arduino

(Buenos Aires, 1913-1979)

El reconocido grabadista argentino trabajó con diferentes técnicas, como la xilografía, la zincografía y la plasticografía. Participó de numerosas exhibiciones y salones tanto nacionales como internacionales, y sus obras integran colecciones privadas así como las de museos nacionales y provinciales. Arduino es autor de la serie *Las calaveras*, que incluye la obra “La partida”.



"La partida", serie *Las calaveras*, de Jorge Díaz Arduino



Página de humor de Quino, revista Viva, 24 de octubre de 1999

Quino, Hermenegildo Sábat, Roberto Fontanarrosa, Caloi, Rep, Tute. El ajedrez brilla en la historieta argentina. La senda fue trazada en un comienzo por el pionero Luis J. Medrano, quien incluyó al juego-ciencia en muchos de sus famosos "Grafodramas", una tira diaria publicada entre los años cuarenta y setenta en el diario *La Nación*, y su impulso prosigue hasta los años más recientes, con obras como el cómic *Le Livre*, de José Muñoz y Carlos Sampayo, adaptación libre de la *Novela de ajedrez*, del autor austriaco Stefan Zweig.

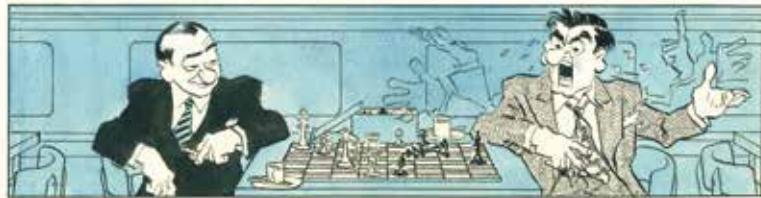


Roberto Fontanarrosa, revista *Hortensia*, c. 1972



Miguel Rep, suplemento *Disfrutemos BA*, 2017

1635



EXCUSAS



AMOR PROPIO

1636



SACRÍFICO

"Grafodramas" de Luis Medrano, *La Nación*, 1960-1970

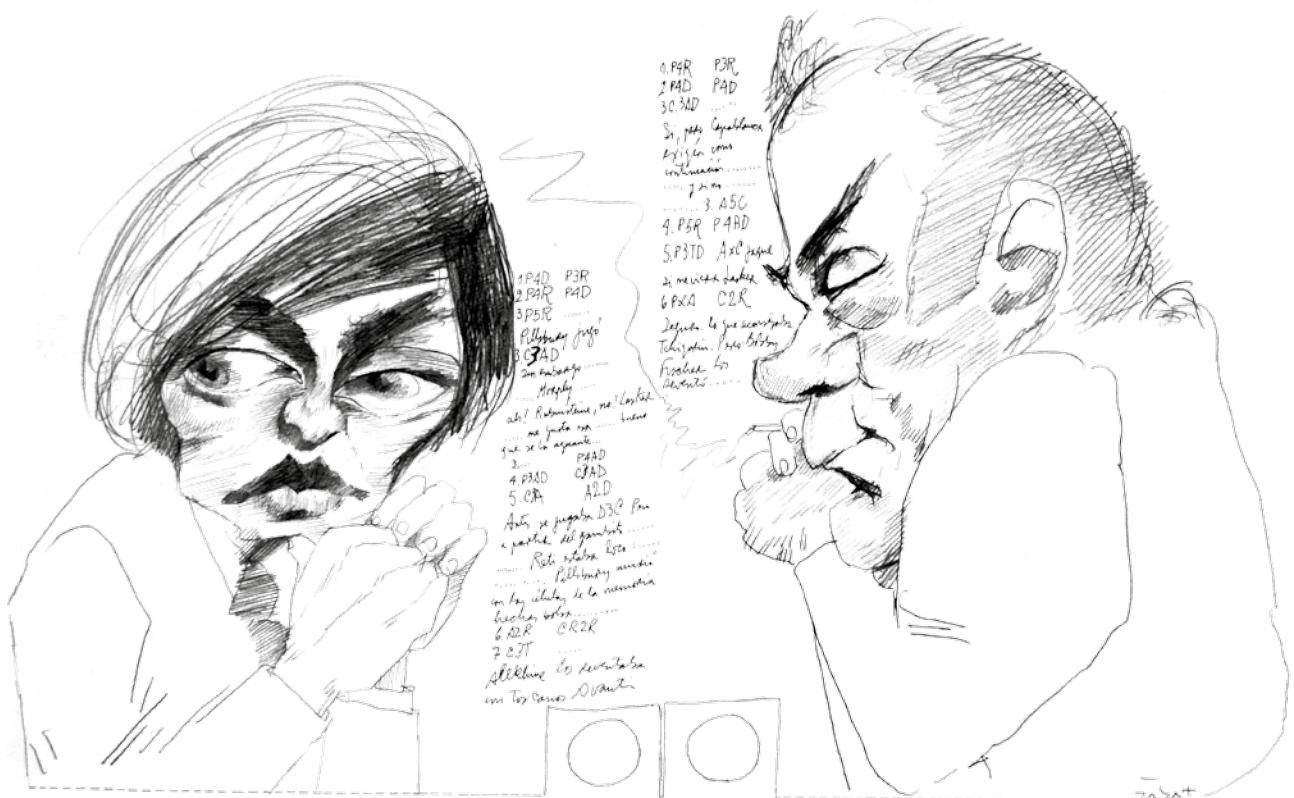


Karpov:

1 P4D P3R 2 P4R P4D 3 P5R....
 Pilsbury jugó 3 C3AD
 Sin embargo... Morphy... ah!
 Rubinstein, no! Lasker... me
 gusta esa... bueno que se la
 aguante...
 3... P4AD 4 P3AD C3AD 5 C3A
 A2D antes se jugaba D3C pero
 a partir del gambito... Reti
 estaba loco... Pillsbury murió
 con las células de la memoria
 hechas bolsa... 6 C A2T CR2R
 7 C3T ... Alekhine los reventaba
 a toscanos. Avanti.

Korchnói:

1 P4R P3R 2 P4D P4D
 3 C3AD... Sí, pero
 Capablanca exigía
 como contestación... y
 si no...
 3 A5C 4 P5R P4AD
 P3TD AxC jaque.
 Si me viera Lasker
 6 PxA C2R
 seguro. Lo que
 aconsejaba Tchigorin.
 Pero Bobby Fischer los
 reventó...



Karpov y Korchnói en una caricatura de Hermenegildo Sábat, Clarín, 1978





Ajedrez e historia



Piezas de marfil que pertenecieron a Juan Manuel de Rosas. Museo Histórico Nacional

Nuestros hombres de Estado y el ajedrez

*Por Juan Sebastián Morgado**

Aun cuando las historias oficiales, habitadas por mitologías y controversias, reparan en grandes hechos o en rasgos que definen a las personalidades más destacadas, es posible contar el envés de esta trama recurriendo a otras perspectivas menos habituales. El ajedrez, cuya lógica interna se asocia con la guerra y la política, ha sido practicado por muchos hombres de la nación.

Gerónimo Espejo, quien registró minuciosamente el Cruce de los Andes, menciona que José de San Martín era un aventajado practicante de “ese juego, generalmente reputado de carácter militar, que según se sabe era recomendado y aun prescrito por Napoleón el Grande”. El historiador vocacional ajedrecístico José Pérez Mendoza asegura que Rivadavia solía trenzarse en algunas partidas con su amigo el escritor Florencio Varela, “y allí demostraba su carácter, nervioso y hasta violento a veces”.

También el presidente Bartolomé Mitre fue un modesto practicante: se dice que solía perder contra el coronel Federico Llosa, dueño de uno de los primeros ejemplos del modelo estilizado marca Staunton utilizado en el país. Juan Bautista Alberdi afirmaba en 1845: “Dicen que Mitre juega bien al ajedrez, pero nosotros decimos que mejor juega al billar”. En cambio, el Club Argentino lo consideró un prócer, y tras su fallecimiento, publicó en el editorial de su revista: “Solo toaremos a Mitre en sus rasgos de aficionado ajedrecista, pues la actividad de las facultades que le engrandecieron ha sido amplia y brillantemente descrita por todos los periódicos. [...] Como ajedrecista, descolló en su época”. Su mesa de escaques permanece en el museo que lleva su nombre: las sillas eran aterciopeladas y lujosas, y el respaldo servía como caja para guardar las piezas.



Pieza del juego que perteneció a Juan Galo Lavalle.
Museo Histórico Nacional

*Escritor e investigador del ajedrez.

No menos célebres que sus jugadores fueron ajedreces como el de Pedro Alcántara de Somellera, constituyente de 1826, exhibido durante el Torneo de las Naciones de 1939: fue famoso por los destacados políticos que jugaron en él durante largos años. En el Palacio San José puede admirarse un juego atribuido al general Urquiza. Y lujosos reyes, damas y otras piezas se conservan también en el Museo Histórico Nacional, como los de marfil que pertenecieron a Juan Manuel de Rosas y a Juan Lavalle.



Tablero de ajedrez de Bartolomé Mitre. Museo Mitre



Juego de ajedrez de Justo José de Urquiza. Palacio San José



Campaña del Desierto. Neuquén, 1883

Después del té, servido a la hora de la tabla, se habló de varias materias, en tanto que una pareja se ejercitaba en el ajedrez, fuertemente empeñados ambos contendientes en no dejar a su contrario alcanzar un fácil triunfo. A propósito del ajedrez, ¿sabes que este ejercicio se ha hecho una entretenición de buen tono, uno de aquellos aprendizajes indispensables que sirven como complemento a nuestra educación? En el día es preciso entender algo de ajedrez para no pasar por una "chapetona", y me temo que nuestras amigas no descuidan del todo los demás recursos del arte de agradar, como la música, el canto, el baile, etc., por fijarse en este pasatiempo, sancionado ya como moda.



De "Carta de dos amigas", publicada por Domingo F. Sarmiento en el periódico *El Progreso*, en 1842. Se trata de una serie de escritos epistolares ficcionales entre dos personajes, Rosa y Emilia, en los que Sarmiento habla acerca de la moda y las costumbres sociales de la época.

La estructura y lógica del juego se hicieron presentes de modo sangriento en las batallas de la Revolución del Parque, en 1890. Originada en el reclamo por comicios limpios y por el cese de la corrupción generalizada, el enfrentamiento se resolvió en una escena clásicamente ajedrecística: liderados por Leandro N. Alem y Aristóbulo del Valle, los alzados ocuparon el Parque de Artillería, entre las actuales calles Lavalle, Tucumán, Talcahuano y Uruguay. Numerosos voluntarios se hicieron presentes y se los distribuyó, provistos de fusiles, en cantones en las esquinas. El general Nicolás Levalle, leal al gobierno, partió desde Retiro hasta Cerrito y Córdoba, donde su batallón fue arrasado. Frente a la magnitud del desastre para su tropa, José Ignacio Garmendia, su subordinado, le sugirió el plan “Mate Pastor”: se trataba de abrir una línea que sacara al ejército de la posición de encierro. Con veintiséis hombres atravesó por el medio las manzanas desde Córdoba y Libertad hasta Viamonte e instaló un poderoso cañón que, por la “diagonal del alfil”, pudo llegar hasta Tucumán y Talcahuano y vulnerar al Parque. Alem fue derrotado, poco después Miguel Juárez Celman cayó, y Julio Argentino Roca “mantuvo el tablero bajo control” hasta la llegada de los comicios libres recién en 1916.

El siglo XX asistió a un nuevo maridaje entre ajedrez y política. Los grandes eventos celebrados en el país dieron oportunidad a los altos mandatarios de auspiciar y recibir a los jugadores internacionales y promover la práctica del juego. Al presidente Marcelo Torcuato de Alvear le gustaba mucho el ajedrez; en mayo de 1924 subsidió el viaje del equipo argentino a París, y en junio de 1927 apoyó el *match* entre el titular del mundo, José Raúl Capablanca, y el desafiante, Alexander Alekhine. En esa ocasión, recibió en audiencia al cubano; luego inauguró el gran desafío y asistió a dos partidas.



El presidente Marcelo T. de Alvear, en una visita al Club Argentino de Ajedrez durante el *match* Capablanca-Alekhine por el título mundial. Buenos Aires, 1927. Colección Club Argentino de Ajedrez

Durante el período peronista, el juego-ciencia tuvo un gran impulso, a tal punto que la FADA (Federación Argentina de Ajedrez) decidió apoyar la reelección de Juan Domingo Perón en 1951. El presidente y su esposa encabezaron numerosos actos relacionados con la actividad, y en 1950 Eva despidió en su despacho de Perú al 100 al equipo olímpico que viajaría a la competencia en Dubrovnik. Cuando Oscar Panno se consagró Campeón Mundial Juvenil en 1953, Perón lo invitó a compartir el balcón de la Casa Rosada el 17 de octubre, y le otorgó “la medalla peronista de Campeón Mundial, distinción del Consejo Superior de la Orden de la Medalla Peronista”.



El presidente Perón junto a ajedrecistas argentinos y extranjeros participantes del XVI Torneo Internacional de Ajedrez de Mar del Plata. Buenos Aires, 13 de marzo de 1953. De izquierda a derecha Rodolfo Valenzuela (presidente de la Confederación de Deportes), Marcial Ruiz (tesorero de la FADA), Jacobo Bolbochán, Petar Trifunović (Yugoslavia), Antonio Medina (España), Svetozar Gligorić (Yugoslavia), Bernardo Wexler, René Letelier (Chile), Juan Domingo Perón, Juan Carlos Laurens (presidente de la FADA), Herman Steiner (Estados Unidos), Miguel Najdorf, Kaarle Ojanen (Finlandia), Carlos Guimard, Carlos Jauregui (Chile), Carlos Maderna, Erich Eliskases, Julio Bolbochán. Archivo General de la Nación (AGN)

En 1960, Arturo Frondizi apoyó dos grandes torneos: el de Mar del Plata, donde jugaron Boris Spassky, Bobby Fischer y David Bronstein, y el del Sesquicentenario, llamado “El Torneo del Siglo”. Se cuenta que mientras Víktor Korchnói, uno de sus ganadores, preguntaba por su admirada Lolita Torres, el otro, Samuel Reshevsky, interrogaba al primer mandatario acerca de su interés por el juego de la diosa Caissa. La respuesta de Frondizi fue que le gustaban los trebejos, pero solo como pasatiempo; sin embargo aseguraba que su otro ajedrez, el político, le daba “muchos más dolores de cabeza”.

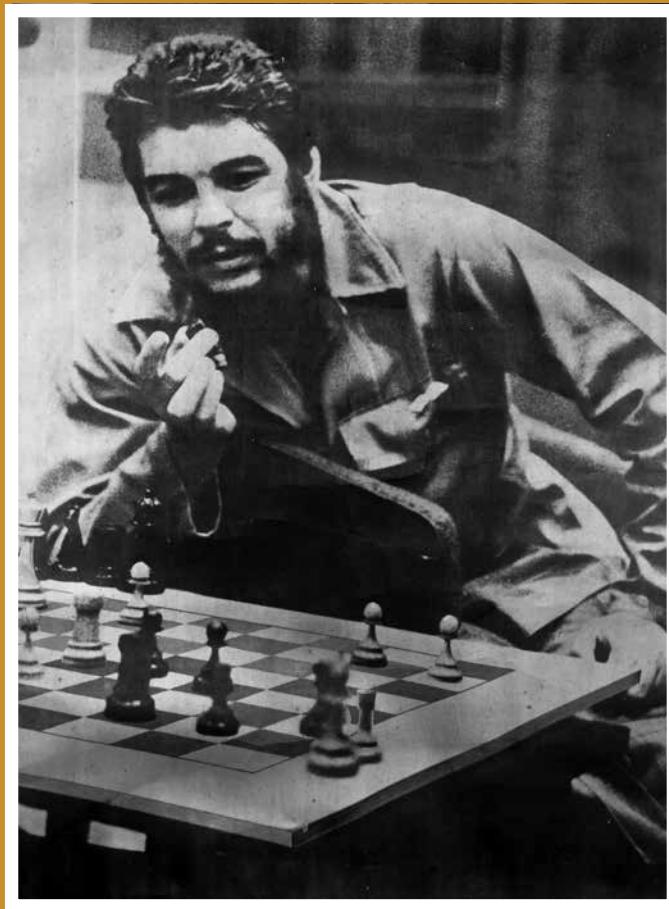
En 1971, el presidente de facto, Alejandro Lanusse, por idea de Francisco “Paco” Manrique, a cargo del Ministerio de Salud y Acción Social, financió el encuentro semifinal del campeonato mundial entre el estadounidense Fischer y el soviético Tigrán Petrosián. El Teatro San Martín colapsó de gente por el evento y más de una vez el tránsito por la avenida Corrientes quedó paralizado por la multitud.

Si la historia argentina surge del Viejo Vizcacha, tal como le dijo alguna vez Martínez Estrada a Borges, entonces bien puede pensarse que las historias oficiales no son las únicas posibles. Y el juego-ciencia acompañó estas contradicciones del devenir argentino: ayudó a San Martín a distraerse en momentos difíciles, impidió el cambio de rumbo político con Garmendia y fue muy apoyado en tiempos diversos, de Alvear a Manrique, de Frondizi a Perón. Pero no hay que olvidar que también fue parte de la propaganda de la última dictadura que organizó las Olimpiadas en 1978.

Nuevos hitos continuaron esta asociación entre el poder y los escaques en los últimos cuarenta años. Si bien no alcanzó la resonancia de otros deportes —probablemente debido a la falta de impulso de su enseñanza en las escuelas—, ha depurado episodios sorprendentes que han Enriquecido con sugerentes matices nuestra mirada sobre la vida política.



El presidente Frondizi con los participantes del Torneo Internacional de Ajedrez de Mar del Plata, 1960. Figuran, entre otros, Marcelino Moguilevsky (secretario general de la FADA), Rodolfo H. Dufour (presidente de la FADA) y los jugadores Erich Eliskases y Luder Pachman. AGN



El **Che Guevara** fue un gran amante del juego-ciencia. Participó en los Juegos Universitarios de 1948 y 1949, en ajedrez y atletismo, y también en el Campeonato Universitario de Ajedrez por Equipos organizado por el Club Argentino en 1949, en ambos casos representando a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. En Cuba, luego de la Revolución, apoyó la organización de los primeros torneos internacionales Capablanca in Memoriam donde participaron los ajedrecistas más importantes del mundo: Bobby Fischer, Mijaíl Tal, Tigrán Petrosián, los argentinos Miguel Najdorf, Héctor Rossetto y muchos otros. Contribuyó grandemente a la difusión del ajedrez y a su inclusión en planes escolares. El Che solía presenciar los torneos y participaba de las exhibiciones de simultáneas que ofrecían los maestros. En 1999, la Federación Internacional de Ajedrez le otorgó *post mortem* su más alta distinción, la “Orden Caballero de la FIDE”, por su apoyo a la divulgación del juego.

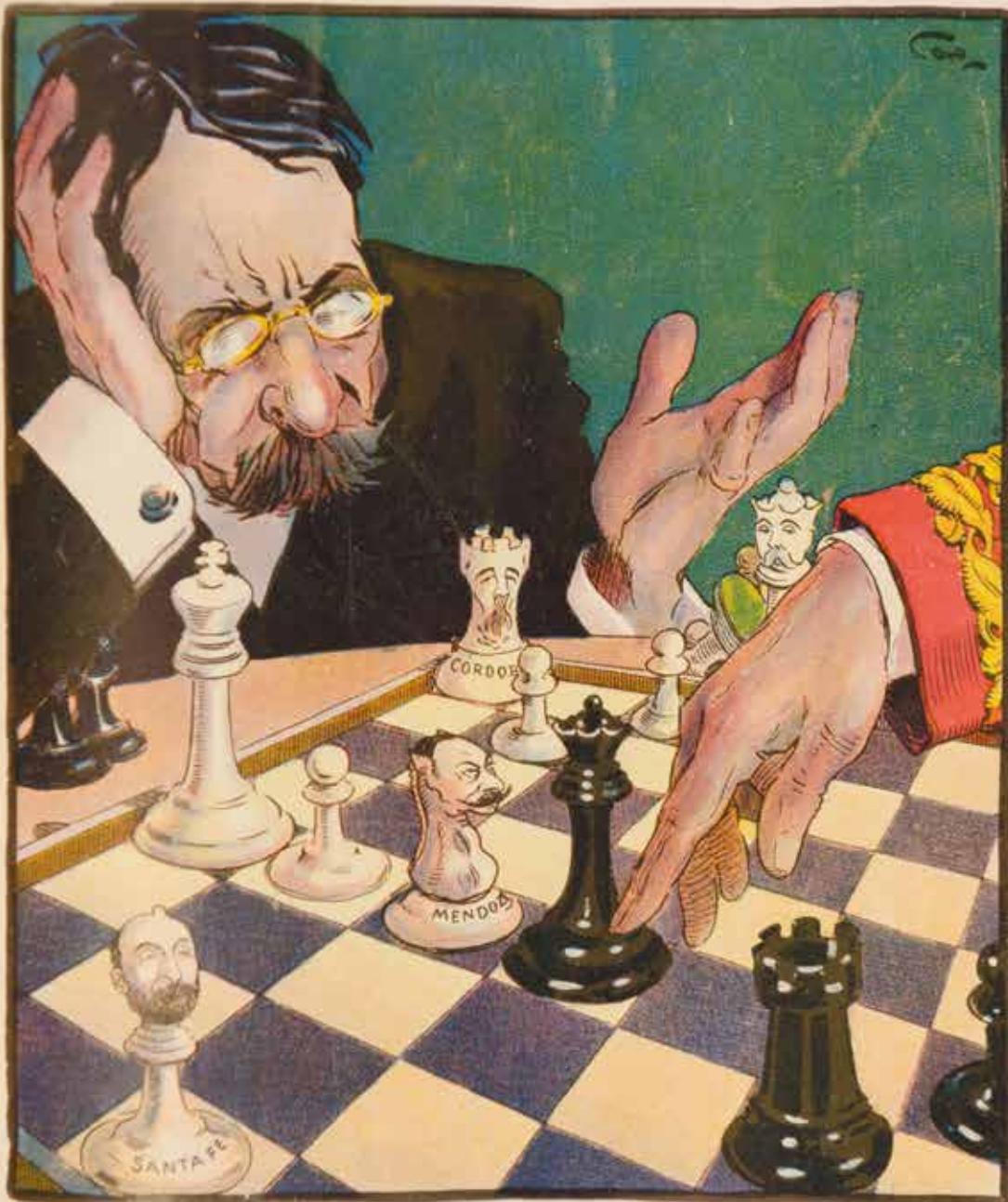
CARAS Y CARETAS

AÑO IX

BUENOS AIRES, 1.^o DE SEPTIEMBRE DE 1906

N.º 413

FINAL DE PARTIDO



—Si entrego el caballo, me come el alfil también, . . . y luego la torre. Al fin, voy á tener que enrocarme.

El ajedrez en la sátira y en la caricatura política argentinas

*Por Gabriel Mario Gómez Celestino**

Y un buen día el ajedrez se transformó en metáfora. ¿Cómo fue? Muy simple. Nació como un ejercicio entre generales en guerra y rápidamente germinó en las conciencias su alegoría de combate.

Así pues basta recordar los versos *Ludimus effigiem belli* de Marco Gerónimo Vida, de 1527, para corroborar esa prístina idea: la de un combate caballeresco. Un combate que es imagen de la guerra y no la guerra misma.

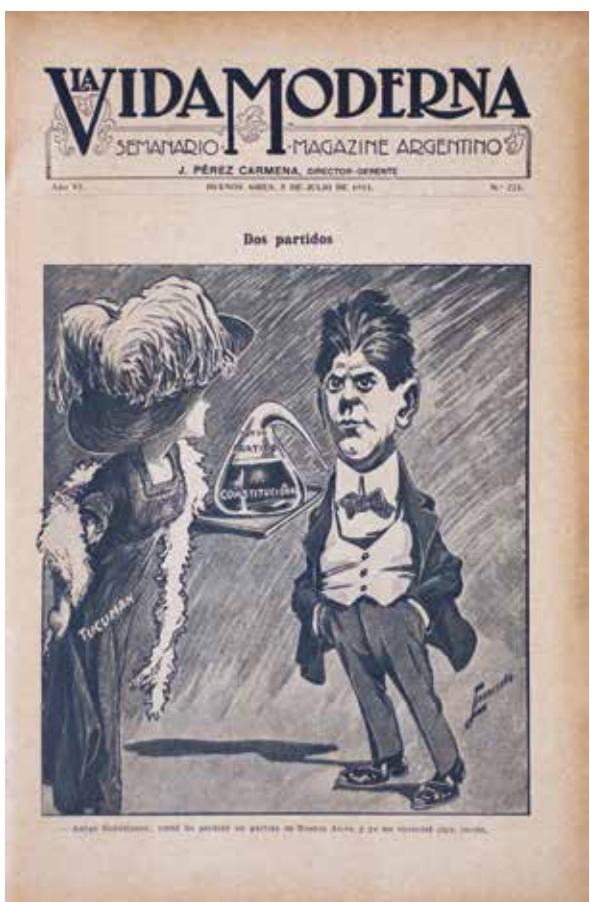
Acallados los fusiles, en un vaivén contrario al postulado por el general prusiano Clausewitz, la metáfora se extendió al mundo de la política, y si la guerra es continuación de la relación política por otros medios, aquí se produjo el fenómeno inverso: la política se nutrió del ajedrez porque ya lo había hecho con anterioridad de la guerra. Con la irrupción de la democracia en un mundo post Revolución francesa, ese juego de roles y lances, típicos del combate cuerpo a cuerpo, se trasladó a un escenario menos sangriento.

Cuando se percibió el enorme potencial de riqueza y sugerencias que brindaba un juego como el ajedrez, muchos advirtieron que varios aspectos del duelo que acontece sobre el tablero se podían asociar a la puja de ideas y de individuos típicos de la vida política, sobre todo en las nacientes democracias. Es especialmente en los estrados parlamentarios donde se libran con más bravura esas verdaderas batallas, literarias en no pocos casos, o campales, en las que vuelan escaños, trompazos, libros y todo tipo de objetos contundentes. Y nuestro país no fue la excepción.

Son variadas las producciones que relacionan este juego con diversos momentos de la vida política argentina, reuniendo elementos suficientes como para darle cabida a un abordaje de hechos y protagonistas que ponen en evidencia el grado de difusión que el ajedrez había alcanzado en el Río de la Plata para ese entonces.

Una de las primeras y más antiguas de estas cavilaciones es la aparecida el 13 de enero de 1878 en la revista *El Mosquito*. Sentados frente a frente, grueso tablero de ajedrez de por medio, Mitre y Avellaneda dirimen sus diferencias ante la atenta mirada de un Alsina espectral que regresa del “más allá” y sigue atentamente la compulsa sosteniendo su fantasmal túnica. El tablero lleva inscripta la frase: “Ajedrez

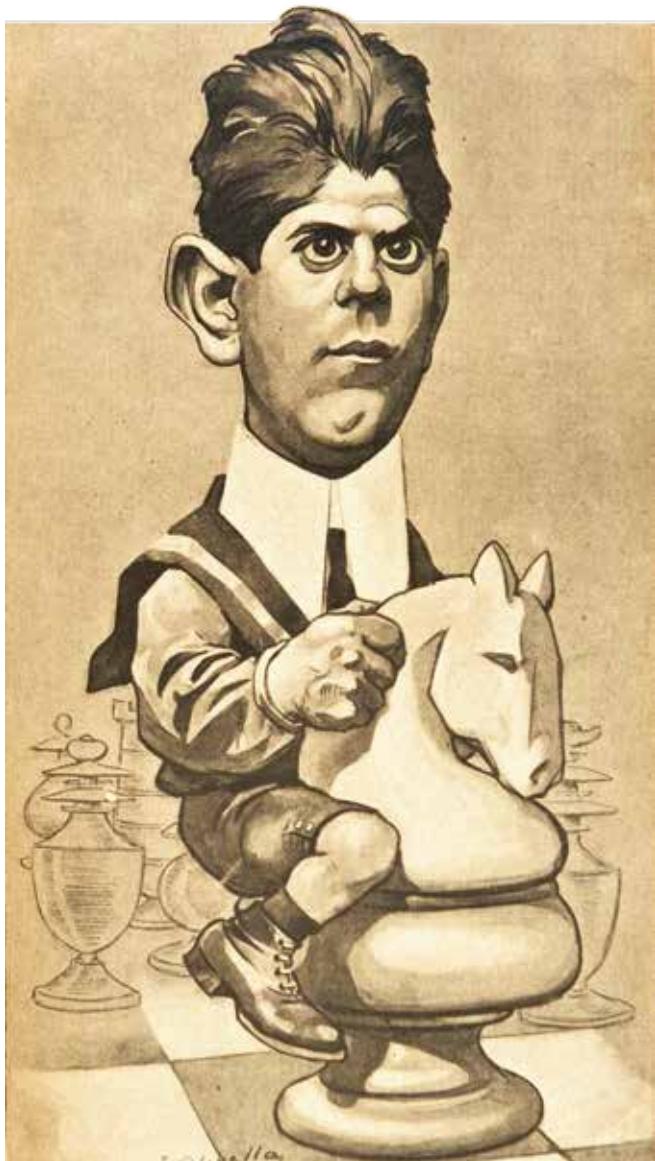
* Escritor e historiador.



de la reconciliación". A excepción de los peones, "los pobres argentinos", cada una de las piezas mayores representa a un político de la época. En un tiempo en el que aún no se había inventado el globo de parlamento, Mitre, a quien se identifica como Bartolo, le reclama a Avellaneda acción con el imperativo "Juegue pues". Y la respuesta que obtiene es: "Espere, ahora que estoy solo contra Ud., necesito meditar". Esa soledad, alude a la desaparición de Alsina que acude en ayuda de su aliado desde el arcano. No por nada el título de la caricatura es "Una partida interesante hasta para los muertos". Todo esto en el marco de las "muy anunciadas" elecciones de 1880 en las que se impuso el binomio Julio Argentino Roca-Eduardo Madero.

Para el 1º de septiembre de 1906 el ajedrez asociado a la metáfora política hace su debut en la tapa de la revista *Caras y Caretas*. Allí se ve a un Lisandro de la Torre dubitativo a la hora de decidir qué piezas defender; los trebejos llevan grabados en su base los nombres de algunas provincias y figuras políticas de la época. El título de la caricatura es “Final de partido”.

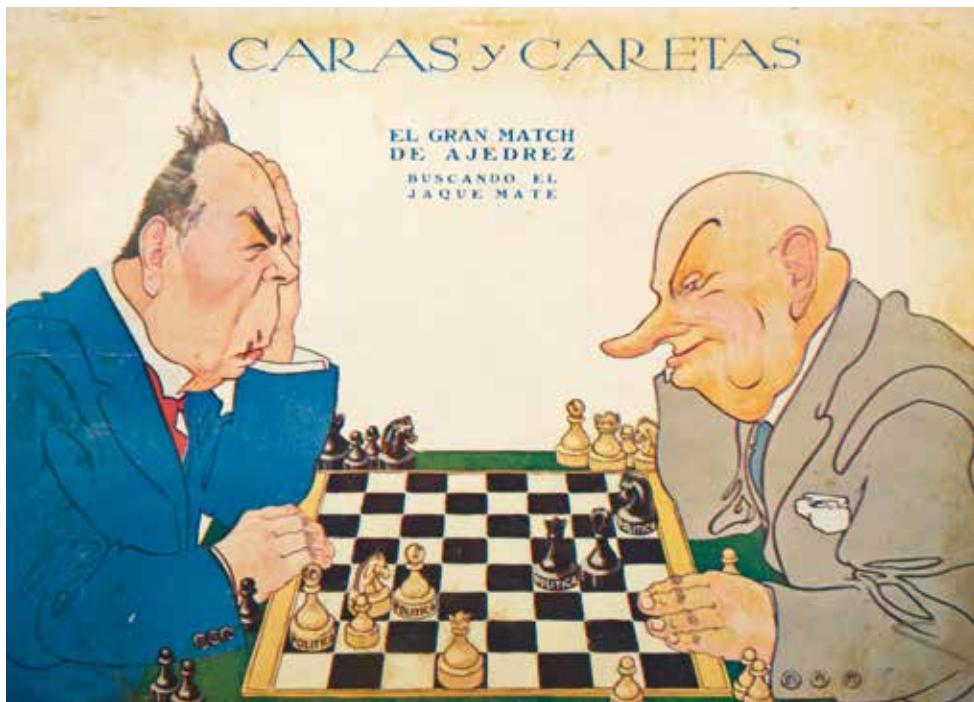
Las muestras del ajedrez asociado a las idas y vueltas de la lucha política reaparecen en dos producciones insertas en una revista de los años diez, *La Vida Moderna*, y tiene por protagonista a un jovencísimo maestro cubano José Raúl Capablanca, quien se hallaba de paso por Buenos Aires. En la tapa del 5 de julio de 1911, una curiosa viñeta muestra a una dama que representa a Tucumán, muy ricamente ataviada, que sostiene una bandeja en la que se ve un recipiente de destilación que contiene la “fórmula” de un nuevo partido constitucional. El epígrafe reza: “Amigo Capablanca, Ud. ha perdido un partido en Buenos Aires y yo me encontré otro recién”. En ese mismo medio, pero con fecha 28 de julio del mismo año, se publicó otra caricatura alusiva. En ella se ve a Capablanca, sentado, con la cabeza ligeramente entornada hacia atrás mientras el interventor de Santa Fe, Anacleto Gil, sugiere al gobernador removido por el Partido Autonomista Nacional, Ignacio Crespo, el siguiente diálogo: “Señor Capablanca, ¿verdad que solo se anuncia el jaque al rey?”. “Solamente al rey”, responde Capablanca. A lo que el interventor replica: “Pues este señor dice que debo anunciar el jaque a la torre”. “La torre” a la que se refiere Gil es Lisandro de la Torre, responsable de fundar un movimiento llamado “Liga del Sur” que finalmente devino en el Partido Demócrata Progresista, uno de los partidos decanos de la provincia.



Capablanca por José Olivella. Revista *Vida Moderna*, 5 de julio de 1911



Caras y Caretas, una publicación afín al *ancien régime*, ataca a Yrigoyen y al Partido Radical utilizando al ajedrez como herramienta. En la portada del 9 de abril de 1921 se ve un curioso "Match de ajedrez político". Y como subtítulo, "Las negras en peligro". Con negras juega el Poder Ejecutivo, con blancas el Congreso. Varios diputados leales y opositores se dan cita en este singular tablero político en el que la figura acosada es el presidente Yrigoyen. Las caricaturas de ajedrez se ensañan contra los radicales. Un 29 de marzo de 1924 apareció una singular partida entre personalistas y antipersonalistas representada por sus dos figuras más representativas: Hipólito Yrigoyen y Marcelo T. de Alvear.



En 1939, con motivo de las olimpiadas de ajedrez de aquel año en Buenos Aires, en el Teatro Politeama, otra vez *Caras y Caretas* recurrió al tablero escaqueado porque es metáfora de vida y de muerte. Con el Corredor del Danzig anexado, Francia en peligro y el Tío Sam de árbitro, la humanidad intenta sobrevivir a la inminencia de un nuevo conflicto armado más virulento y más letal.



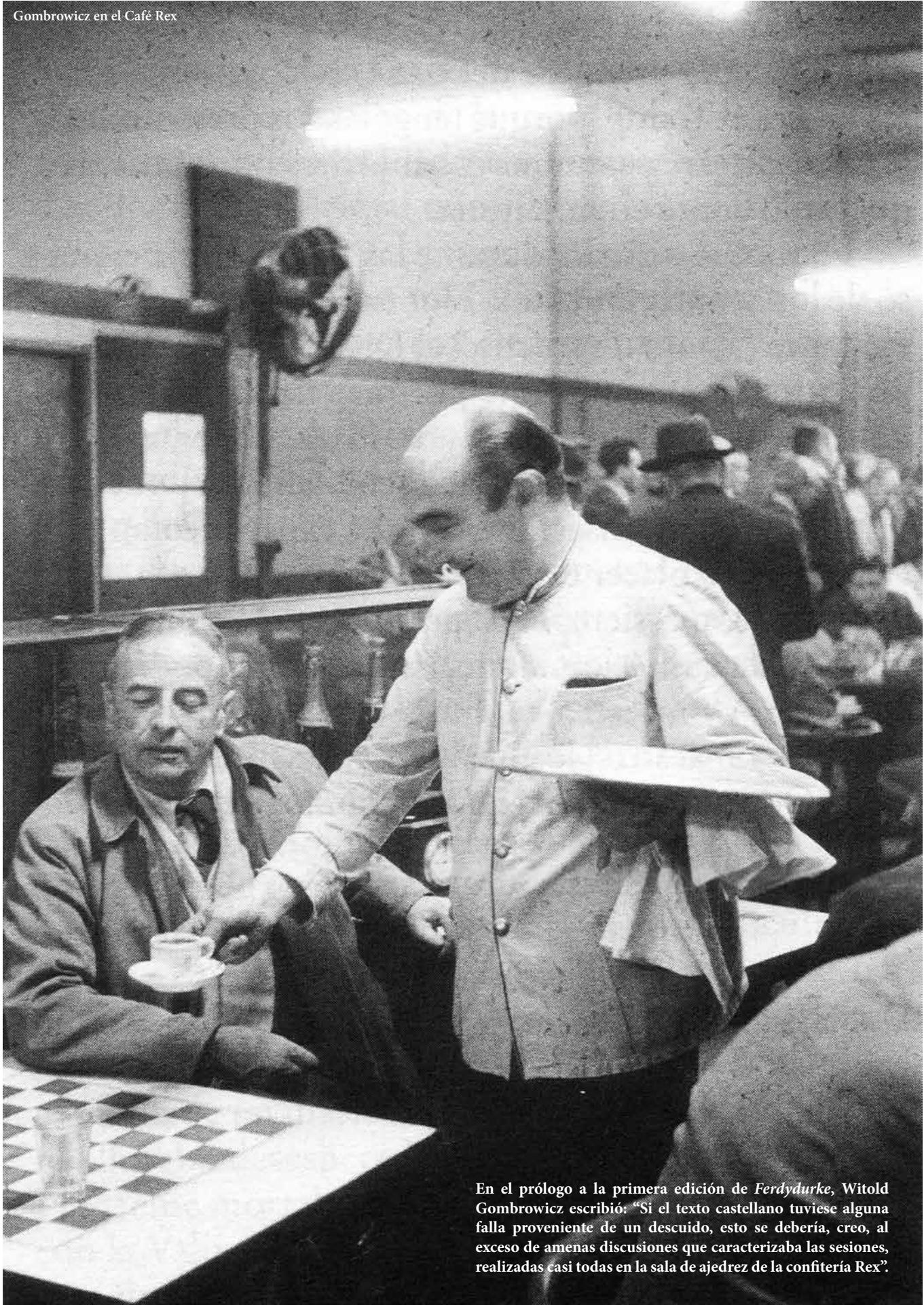
El vínculo del ajedrez con el humor gráfico siempre ha sido manifiesto: su capacidad para reflejar conflictos políticos mediante la metáfora ha representado en ocasiones una herramienta única para eludir las tenazas de la censura que célebres revistas utilizaron creativamente para contrariedad de los funcionarios de turno.





Ajedrez argentino

Gombrowicz en el Café Rex



En el prólogo a la primera edición de *Ferdydurke*, Witold Gombrowicz escribió: “Si el texto castellano tuviese alguna falla proveniente de un descuido, esto se debería, creo, al exceso de amenas discusiones que caracterizaba las sesiones, realizadas casi todas en la sala de ajedrez de la confitería Rex”.

Los cafés del siglo XIX y la fundación de los primeros clubes

*Por Gustavo Águila**

No tenemos fuente alguna que nos permita inferir que el ajedrez haya viajado en las carabelas de Colón. Pero se dice que los españoles le enseñaron a jugar al Inca Atahualpa poco antes de que Pizarro lo ejecutara. Tampoco son demasiados los registros en el período comprendido entre 1500 y 1800. Así y todo podemos conjeturar que se lo practicaba en la Ciudad de Buenos Aires.

El historiador Raúl Molina nos ayuda a desentrañar la incógnita: según este autor, Simón Valdez, tesorero de la Real Hacienda desde comienzos del siglo XVII, instaló en su casa un espacio de juego donde el ajedrez ocupaba un lugar importante; ya en el siglo XIX el juego se practicaba en salones, y muchas de las personalidades que dejaron una marca en la historia del país fueron aficionados a su práctica. En el domicilio del general Bartolomé Mitre había una peña de ajedrez, de la que disfrutaban algunos de los personajes de la alta sociedad de entonces; su esposa Delfina tenía una gran inclinación y poseía un hermoso juego. El general Gelly y Obes era un asiduo concurrente a estas tertulias; uno de sus hijos, Miguel Gelly (1857-1929), está considerado como el primer campeón argentino “oficioso”, pero además de ser un gran jugador, contribuyó mucho en el estudio de finales y en el desarrollo del ajedrez artístico en nuestro país.

Los primeros cafés

Hacia 1855, en un almacén de ramos generales sobre la calle Rivadavia entre San Martín y Florida comienza a jugarse al ajedrez los domingos, luego de la misa en la Catedral. Refieren las crónicas que el jugador más destacado de aquellas competencias era el escritor Francisco Bilbao. Y ya por aquellos años los cafés empiezan a convertirse en verdaderos receptores de la actividad ajedrecística de la época: el Café de los Catalanes —que sobrevivió hasta el año 1873, ubicado en las actuales calles Perón y San Martín— y el Café de Marco —ubicado, hasta 1871, en Alsina y Bolívar—, entre los que había una suerte de disputa de “blancas y negras”, ya que

* Presidente del Club de Ajedrez de Villa del Parque y coordinador del Programa de Ajedrez de la Ciudad de Buenos Aires.

al primero concurrían los patricios, mientras que el de Marco era el punto de encuentro favorito de los morenistas; y también el Café de Lloverás —que hasta su cierre, en 1916, estaba situado en Hipólito Yrigoyen entre Perú y Alsina—, en el que un legendario profesor de origen ruso llamado Máximo Abramhson instruyó a una camada de jugadores que pronto se convertirían en estrellas del ajedrez argentino, como Julio Lynch, años más tarde fundador del Club Argentino de Ajedrez, o el recordado Benito Villegas.



Café Tortoni, c. 1900. AGN

En 1858 se funda el Café Tortoni. La práctica del juego-ciencia era habitual entre los clientes que lo visitaban. Y años más tarde apareció también el 24 Billares, luego 36 Billares, varios de cuyos aficionados fueron fundadores del Círculo de Ajedrez de Buenos Aires.

Otro lugar emblemático fue el Café Rex, que funcionó desde 1938 hasta su cierre en 1960. Allí se jugaba al ajedrez, a las cartas y al billar hasta altas horas de la noche. En sus mesas se escribió la traducción del libro *Ferdydurke*, obra fundamental del escritor polaco Witold Gombrowicz, con la ayuda de escritores, poetas y ajedrecistas habitués del lugar que le ofrecían sus opiniones acerca de los términos adecuados para la traducción del libro. Algunas versiones señalan que el escritor había llegado a nuestro país en 1939 en el mismo barco que Miguel Najdorf. Gombrowicz sentía pasión tanto por la literatura como por el ajedrez, y todas las noches se lo podía encontrar en el Rex disertando sobre ambos.

La confitería Richmond, de la calle Florida al 400, funcionó entre 1917 y 2011 y fue otro lugar mítico de encuentro de tableros. Sus concurrentes podían alquilar una mesa y un reloj y generalmente quien perdía era el encargado de pagar la hora. Durante años se reunieron allí Miguel Najdorf, Miguel Quinteros, Héctor Rossetto y una larga lista de fuertes jugadores.



Club Argentino de Ajedrez, 1925. AGN

Del café al club

En paralelo a los encuentros sociales en los cafés, en la segunda parte del siglo XIX comenzaron a surgir los clubes de aficionados. Los primeros antecedentes habían sido el Club de Residentes Extranjeros, fundado en 1841, y el Club del Progreso, de 1852. En ambas instituciones se hacía presente la alta sociedad y allí se organizaban juegos sociales, entre los que el ajedrez era muy popular.

El primer club exclusivamente de ajedrez se fundó en 1881, pionera experiencia social que logró editar el primer libro especializado en nuestro país, *Aperturas de Ajedrez*, del inglés Henry E. Bird. Sin embargo, la iniciativa no duró mucho tiempo, ni tampoco otras similares que surgieron en los años siguientes. La masa de ajedrecistas no era lo suficientemente importante por entonces para sostener una institución dedicada únicamente a la actividad.

Recién en 1905, a partir de los asiduos concurrentes al Club del Progreso y con la ayuda de la experiencia que habían adquirido en otros intentos frustrados, se funda el Club Argentino de Ajedrez. Seguramente los socios pioneros nunca imaginaron que esta institución se convertiría, gracias a la tradición, su rica historia y los grandes eventos desarrollados en sus salones, en una de las más importantes del mundo.



Club de Residentes Extranjeros de Buenos Aires. Daguerrotipo de 1854.
Colección del Complejo Museográfico Enrique Udaondo



Rodolfo de Witt contra Rolando Illa (adelante) y Mariano Subirá y del Río contra Damián Reca (atrás), en el Círculo de Ajedrez. Buenos Aires, agosto de 1923. AGN

En 1916 se funda el Círculo de Ajedrez de Buenos Aires, otra institución que gravitó con mucha fuerza en la historia de nuestro ajedrez. De ahí surgieron jugadores que conformaron equipos históricos que representaron a nuestro país en los juegos olímpicos, como el equipo formado por Roberto Grau, Damián Reca, Luis Argentino Palau y Valentín Fernández Coria que compitió en los juegos pioneros de 1924, disputados en París. Como es esperable, pronto surgió una “pica” entre esta asociación y el Club Argentino, este último considerado como de la “alta sociedad”, mientras que el Círculo se identificaba con el ámbito “popular”. A pesar del esplendor que logró en sus varias décadas de existencia, hoy debemos lamentar su desaparición.

Otros círculos importantes fundados en esa época fueron el de Vélez Sarsfield en 1918, Jaque Mate en 1926, poco después el de Villa Crespo y en 1933 el de Villa del Parque. No todos corrieron la misma suerte: el de Villa Crespo dejó de existir en la década de 1970, el de Vélez hacia fin de siglo, el de Villa del Parque se reconvirtió en el actual Club de Ajedrez, mientras que el Club Jaque Mate continúa en actividad.



Notación de la partida entre Ezequiel Martínez Estrada y Carlos Isemberg, disputada en el Círculo de Ajedrez. Buenos Aires, 10 de noviembre de 1923



Campeonato Femenino de Ajedrez, Club Jaque Mate. Buenos Aires, septiembre de 1934. AGN

La institucionalización del ajedrez no fue solo un fenómeno de la Ciudad de Buenos Aires. En este punto es pertinente observar la importancia que tuvo el Club de Gimnasia y Esgrima de Rosario. Su actividad comenzó en 1917, y ya en 1918 se formó la subcomisión de ajedrez que contrató a don Benito Villegas para comenzar a dar las primeras clases. Seis años después se realiza el primer campeonato rosarino. El vencedor es un jugador destacado: Juan Manuel Rivarola. En 1926, Juan Manuel vuelve a obtener el triunfo en el Torneo Mayor de Rosario y gana el derecho a participar del Mayor de Buenos Aires, y luego integra el equipo argentino que va a los juegos olímpicos de Londres junto a Grau, Palau y Alejandro Nogués Acuña. También Córdoba fue un polo importante para la popularización del juego. En el año 1922 el Club Vélez Sarsfield de la ciudad de Córdoba organizó junto al Club Argentino de Ajedrez un *match* a consulta (práctica común en esa época) a cinco tableros, del cual formaron parte cinco jugadores por institución; meses después organizó el primer torneo de Córdoba, abierto para todas las edades.

Estos primeros cafés e instituciones que albergaron a los ajedrecistas pioneros de nuestra historia le dieron a la práctica su carácter social que aún persiste.

Acta de fundación del Club de Ajedrez de Rosario, 3 de agosto de 1908. Del libro *El ajedrez en la Argentina*, de José Pérez Mendoza. Imprenta Tixi y Schaffner, 1920





TORNEO DE LAS NACIONES BUENOS AIRES

Grandes eventos internacionales

*Por Horacio Olivera**

A comienzos del siglo XX, el ajedrez entendido como disciplina competitiva comenzó a organizarse en Argentina. El afán de difusión del juego llevó a algunos directivos a propiciar y financiar, a través de apoyo público y privado, la llegada al país de jugadores del calibre del campeón mundial Emanuel Lasker (1910), el futuro campeón y paradigma del genio ajedrecístico José Raúl Capablanca (1911 y 1914), el gran jugador checo Richard Reti (1924) y el también futuro campeón Alexander Alekhine (1926).



Alexander Alekhine en una exhibición de simultáneas en el Jockey Club ante treinta tableros.
Buenos Aires, noviembre de 1926. AGN

* Ajedrecista.



Afiche del *match* Capablanca-Alekhine por el título mundial en el Club Argentino de Ajedrez.
Buenos Aires, 1927. AGN



Mesa en la que se disputó el *match* por el título mundial entre José Raúl Capablanca y Alexander Alekhine, en el Club Argentino de Ajedrez, durante los meses de octubre y noviembre de 1927. La posición de las piezas es la final tras la última partida

En 1927 se produjo el primer gran acontecimiento ajedrecístico de nivel internacional que conociera nuestro suelo: el campeón mundial José Raúl Capablanca, de Cuba, y su retador, Alexander Alekhine, ruso nacionalizado francés por esos mismos días, disputaron en Buenos Aires un *match* por el título que mantuvo en vilo a la afición local así como al mundo ajedrecístico todo. La particular personalidad del cubano, un *bon vivant* simpático y afecto a los placeres que la noche de Buenos Aires ofrecía en abundancia, era la antítesis de su rival, un personaje serio y hasta hosco, que pasaba del hotel a la sala de juego y viceversa, casi sin hacerse ver y obsesionado con vencer a su rival. La lucha sobre el tablero fue ardua y Alekhine logró derrocar a Capablanca al triunfar con claridad, luego de treinta y cuatro agotadoras partidas disputadas durante tres meses, en los que el ajedrez fue noticia en los diarios de todo el país y el mundo.

El hecho dio a nuestro país un especial lustre en los círculos ajedrecísticos internacionales. Fue así que, varios años después, la FIDE (Federación Internacional de Ajedrez) aceptó la postulación argentina y designó a Buenos Aires como sede del siguiente Torneo de las Naciones, el certamen por equipos por excelencia en el que participaban selecciones de todo el mundo y que debía realizarse en 1939. Eran tiempos de enorme inestabilidad en Europa, ante los reacomodamientos geográficos y políticos previos al inicio de la conflagración mundial, por lo que representaciones de varios países no concurrieron a la competición, como los equipos de Hungría y Yugoslavia, dos potencias ajedrecísticas

de la época. Tampoco, aunque por otros motivos, fueron de la partida EE. UU., ganador de varias ediciones anteriores, y la Unión Soviética, uno de los equipos más fuertes.

El 23 de agosto de 1939 los jugadores de veintisiete naciones de todo el mundo iniciaron los juegos en el ya desaparecido Teatro Politeama. La ceremonia inaugural contó con la presencia del presidente de la nación, Roberto Marcelino Ortiz, y la repercusión del torneo hizo que el juego alcanzara una extraordinaria difusión. El campeón mundial Alekhine, el ex campeón Capablanca (en el que sería su último torneo oficial), Keres, Najdorf, Eliskases y muchos otros excelentes jugadores representantes de sus países tomaron parte de esta verdadera fiesta del ajedrez.



Erich Eliskases contra Theo van Scheltinga durante el Torneo de las Naciones. Buenos Aires, agosto de 1939. AGN



Promediando el certamen, los nazis invadieron Polonia, dando inicio a lo que sería la Segunda Guerra Mundial. A pesar de que era un hecho esperado, el suceso tuvo gran impacto, fundamentalmente en los jugadores de los países directamente involucrados. La tensión se generalizó en el torneo y, al hacerse obvia la propagación de la guerra a toda Europa, alcanzó a la gran mayoría de los jugadores del viejo continente. De todas maneras, la competencia transcurrió sin incidentes y las connotaciones extraajedrecísticas no llegaron a empañar el torneo ni la gran calidad de los participantes. El equipo alemán, favorecido por la actuación en sus filas de los



Pergamino firmado por los participantes del *match* amistoso entre Argentina y la Unión Soviética en el Teatro Cervantes, marzo de 1954.
Colección del Club Jaque Mate

fuertes maestros austriacos Eliskases y Becker (debido a la anexión de Austria en 1938), resultó ganador, seguido por Polonia a solo medio punto. El equipo argentino, liderado por Roberto Grau (“el padre del ajedrez argentino”), alcanzó el quinto puesto, reafirmando su condición de mejor país latinoamericano.

Pero más allá de su relevancia en lo competitivo, el Torneo de las Naciones de 1939 tuvo una importancia decisiva en el desarrollo del ajedrez de primer nivel en nuestro país. En vista del conflicto bélico, muchos ajedrecistas decidieron no volver a sus países de origen, y varios de ellos se establecieron definitivamente en Argentina. El caso más emblemático fue el del polaco Miguel Najdorf (quien sería considerado el mejor ajedrecista argentino de la historia), pero también se quedaron los nombrados austriacos Erich Eliskases y Albert Becker, los checos Karel Skalicka y Jiri Pelikan y el alemán Heinrich Reinhardt. Todos ellos, que continuaron en nuestro medio vinculados al ajedrez, contribuyeron a dar prestigio a los ya por entonces fuertes torneos vernáculos.

Otro acontecimiento de relevancia internacional lo constituyó, en 1954, el *match* realizado en el Teatro Cervantes entre los seleccionados de Argentina y la URSS, dos de los equipos más fuertes de ese momento. Los soviéticos eran los campeones olímpicos vigentes, luego de haber triunfado en las Olimpiadas de Helsinki en 1952, y



Bobby Fischer y Tigrán Petrosián disputando la quinta partida de la final del Torneo de Candidatos. Teatro Municipal General San Martín. Buenos Aires, 15 de octubre de 1971.
Archivo Crónica, Biblioteca Nacional

los argentinos habían salido segundos en ese mismo torneo, en una gran actuación y repitiendo el mismo lauro logrado en 1950 en Dubrovnik. El encuentro jugado en Buenos Aires, a ocho tableros (cuatro partidas por tablero), culminó con la victoria del equipo visitante y tuvo una notable difusión local y mundial.

Convertida en una plaza de relevancia ajedrecística para la comunidad internacional, Argentina continuó en los primeros planos. Desde la década del sesenta se llevaron a cabo varios magistrales de primerísimo orden tanto en Buenos Aires como en Mar del Plata (verdaderas mecas de nuestro ajedrez), en los que tomaron parte jugadores de gran trayectoria, entre ellos varios campeones mundiales.

Un evento altamente significativo ocurrió en 1971. En el Teatro San Martín, dirimieron fuerzas en la final del Torneo de la Candidatura los Grandes Maestros Tigrán Petrosián, soviético ex campeón del mundo, y el prodigo norteamericano Robert “Bobby” Fischer, estadounidense, acaso el ajedrecista más popularmente conocido del que se tenga recuerdo. La disputa, enmarcada en el contexto de la Guerra Fría, culminó con el triunfo de Fischer, que de tal manera se convirtió en el desafiante por la corona mundial. Es difícil exagerar la enorme resonancia que el *match* tuvo entre el público, ajedrecista y no ajedrecista, con el teatro y sus adyacencias colmados de gente, y tableros y juegos de ajedrez agotados en los negocios de la ciudad.



Estampilla de las Olimpiadas de Ajedrez, Buenos Aires, 1978

En 1978 Argentina logró nuevamente la designación para la realización de una olimpiada (antes llamada Torneo de las Naciones). Sesenta y seis países tomaron parte del evento, jugado en el estadio de River Plate. Enmarcado en la triste realidad de opresión que vivía el país bajo la dictadura, el torneo fue no obstante un éxito, con el dato relevante de que el triunfo lo obtuvo el equipo de Hungría, relegando al segundo lugar a la URSS, que había ganado hasta allí todas las olimpiadas en las que había participado.

También tuvo trascendencia internacional el *match* semifinal de candidatos al título mundial, realizado en 1980 en el Teatro Premier de Buenos Aires, y que enfrentó al exiliado soviético nacionalizado suizo Víktor Korchnói con el soviético Lev Polugayevsky. Todavía con la Guerra Fría como telón de fondo, el encuentro tuvo extraordinaria repercusión en Argentina y en el mundo entero, finalizando con un

Mucho más que un simple match entre dos ajedrecistas

SEREMOS SIEMPRE ENEMIGOS PERSONALES



MAS QUE CONTRINCANTES Polugayevsky se aloja en el Elevage. Korchnoi, que se hospeda en el Plaza, dijo: "Nunca me alojaría en el mismo hotel que él". Ese fue el comienzo de las ingenuas hostilidades. Sin embargo, en un tiempo fueron amigos. De todos modos, antes del match evitaron encontrarse en todo momento y, cuando estuvieron cerca, ni se miraron.

Lev Polugayevski y Víktor Korchnói durante la semifinal de candidatos al título mundial. Buenos Aires, julio de 1980.
Archivo Crónica, Biblioteca Nacional



Veselin Topalov, campeón del mundo. Potrero de los Funes, San Luis, octubre de 2005. Agencia San Luis

ajustado triunfo de Korchnoi. Como dato curioso, las partidas se llevaron a cabo en el escenario del teatro, dentro de una cabina de cristal especialmente diseñada, que aislabía a los jugadores del bullicio del numeroso público que llenaba el teatro jornada tras jornada.

En 2005, Argentina fue sede una vez más de un acontecimiento decisivo a nivel mundial: en la ciudad serrana de Potrero de los Funes, en la provincia de San Luis, se llevó a cabo el Campeonato del Mundo FIDE, para consagrarse a un nuevo campeón de la institución (que en ese momento regía solamente parte de la actividad ajedrecística, debido al cisma ocurrido en 1993). Vale aquí destacar la excelencia de la organización de la prueba, en una sala especialmente construida (la “Caja de los Trebejos”) y equipada con los últimos adelantos tecnológicos en materia de comunicaciones y de comodidades para jugadores y público. Participaron del evento ocho de los mejores maestros de todo el mundo y resultó vencedor el búlgaro Veselin Topalov, invicto y con 1,5 puntos de ventaja sobre sus escoltas, el ruso Peter Svidler y el indio Viswanathan Anand.

Como puede apreciarse, Argentina ha sido, a lo largo de su rica historia ajedrecística, un lugar de referencia mundial, no solamente por la importancia de sus jugadores (varios de ellos de notables trayectorias internacionales) sino también por las calidades humanas y organizativas de las cuales hicieron gala muchos de sus dirigentes, lo que sumado a la entusiasta afición local, ha permitido el desarrollo en el país de acontecimientos ajedrecísticos de enorme y significativa magnitud.



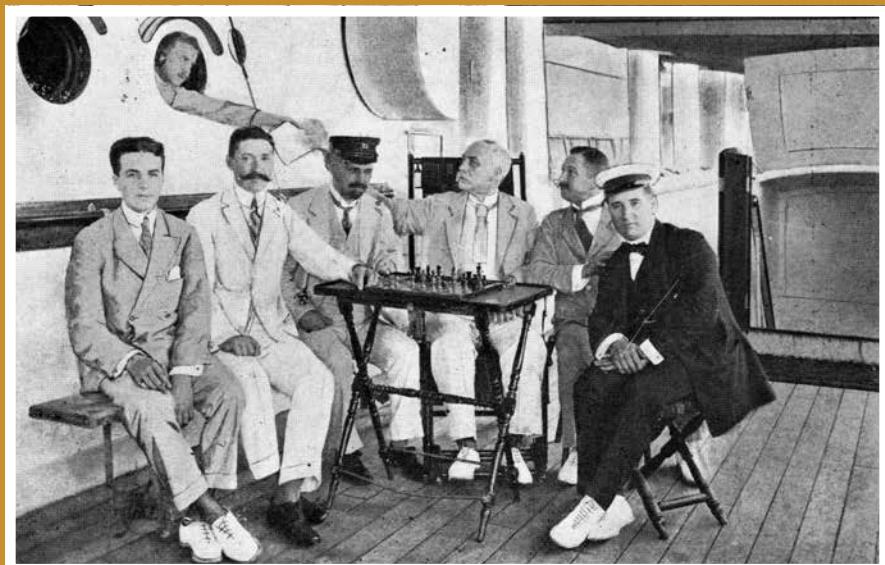
Prodigo tecnológico

En 1901 se disputó un encuentro telegráfico “en consulta” —un estilo de juego, hoy en desuso, en el que cada jugador puede consultar las movidas con sus compañeros—, entre el Club del Progreso de Buenos Aires y el Club dos Diarios de Río de Janeiro, Brasil. Muy poco antes se había efectuado el primer evento de este tipo entre círculos de Londres y Nueva York. El prodigo tecnológico y la apariencia de modernidad contribuían ciertamente a la repercusión y difusión de esta clase de acontecimientos.

En 1905 y 1907 fue la oportunidad del Club Argentino de Ajedrez y el Club de Montevideo de medirse en competencia; en 1908, el mismo equipo argentino se enfrentó con el Círculo de Ajedrez de Montevideo. Este tipo de eventos se repitió con cierta periodicidad durante las tres primeras décadas del siglo XX. Finalmente, el 23 de abril de 1922 se realizó un encuentro por cable entre el Club Argentino y el Manhattan Chess Club. El resultado final fue de 3½ a 2½ a favor del equipo de Nueva York.

Más de dos décadas después, en 1946, y con la presencia durante la inauguración del presidente Juan Domingo Perón, se enfrentaron los equipos nacionales de Argentina y España vía radiodifusión. El conjunto ibérico venció 8 a 7. Sin embargo, en 1949 se repetiría el desafío y Argentina saldría vencedor por un contundente 13 a 2.

El ajedrez siempre ha sido pionero en el uso de la tecnología, desde los *matchs* por correspondencia, pasando por los torneos telegráficos, telefónicos, por radiodifusión y televisivos. Posteriormente, a partir de los años setenta, los programas de ajedrez estuvieron fuertemente vinculados a los primeros desarrollos en inteligencia artificial y obligaron a redefinir la práctica ajedrecística en su totalidad, sumándose a eso en años posteriores las experiencias de competencia entre hombre y máquina que permitieron explorar nuevos campos en el desarrollo informático, y, en los últimos tiempos, la posibilidad de jugar vía internet.



Aficionados argentinos, tripulantes del *König Wilhelm II*, disputan una partida en alta mar por vía telegráfica contra la tripulación del *König Friederich August*. 7 de diciembre de 1908.

Del libro *El ajedrez en la Argentina*, de José Pérez Mendoza. Buenos Aires, Imprenta Tixi y Schaffner, 1920



Carlos Guimard. Buenos Aires, septiembre de 1937. AGN

Pilares del ajedrez argentino

Por Enrique Arguiñariz*



Héctor Rossetto, Herman Pilnik, Juan Carlos Laurens (presidente de la FADA), Erich Eliskases, Miguel Najdorf y Julio Bolbochán, en las Olimpiadas de Helsinki, 1952. Colección personal de Cecilia Rossetto

El ajedrez argentino tiene un historial valioso para mostrar al mundo: tres subcampeonatos olímpicos mundiales (Dubrovnik-1950, Helsinki-1952 y Ámsterdam-1954), tres campeones mundiales sub-20 (Oscar Panno en 1953, Carlos Bielicki en 1958 y Pablo Zarnicki en 1992); dos campeones mundiales sub-16 (Marcelo Tempone en 1979 y Alan Pichot en 2014), dos jugadores que alguna vez estuvieron en el *top ten* mundial (Miguel Najdorf y Oscar Panno); dos títulos mundiales sub-26 por equipos (Paranaguá-1993 y Chaco-1997) y decenas de Maestros Internacionales y Grandes Maestros. Dentro de las formas menos clásicas, debemos mencionar las medallas doradas obtenidas por Arnoldo Ellerman en Helsinki-1952 y Tel Aviv-1964, en la categoría “problemas artísticos”, y el Subcampeonato Mundial de Ajedrez Postal obtenido en 1984 por el Gran Maestro Juan Sebastián Morgado.

* Ajedrecista y periodista.



Primera visita de Capablanca al país. De izquierda a derecha: Ángel Gelly, José Pérez Mendoza, José Raúl Capablanca, Octavio Cesareo, A. Jiménez, E. Martín. Buenos Aires, 13 de mayo de 1911

Es hora de homenajear a todos los que hicieron posibles estos logros, a todos sus pioneros, en todas las etapas de su desarrollo, por más modestas que parezcan. A los primeros jugadores que mataban el tiempo con el ajedrez en bares. A los socios fundadores de instituciones prestigiosas como el Club Argentino de Ajedrez: Emilio Carranza, Lizardo Molina, Benito Villegas, José Pérez Mendoza, Julio Lynch, Miguel A. Gelly y Obes. A los primeros que conectaron a nuestro ajedrez con el resto del mundo, creando la Federación Argentina y hasta participando en la fundación de la Federación Internacional de Ajedrez. Al primer campeón argentino, Damián Reca, en 1921. A las exponentes de nuestro ajedrez femenino, como la primera campeona argentina, Dora Trepat de Navarro, o a las Grandes Maestras Femeninas, Claudia Amura y Carolina Luján, que fueron las mujeres de mayor nivel en el histórico argentino, compitiendo con maestros masculinos. A los primeros argentinos que lograron el título internacional de Gran Maestro: Miguel Najdorf, Oscar Panno, Herman Pilnik, Carlos Guimard, Héctor Rossetto, Erich Eliskases, además de Julio Bolbochán y Raúl Sanguineti, que obtuvieron este reconocimiento años después, pero de manera retroactiva.

Pero entre todos, hay tres maestros que, desde el comienzo del siglo XX, han influido de tal manera en el ajedrez vernáculo que podemos afirmar que sin ellos, la historia hubiese sido otra. A Roberto Grau, Miguel Najdorf y Oscar Panno los podemos considerar tres pilares del ajedrez argentino. Cada uno de ellos tuvo un aporte singular al progreso del juego-ciencia en la Argentina, ya sea escribiendo, dando cátedra, organizando las instituciones ajedrecísticas, financiando actividades o, simplemente, jugando.



Roberto Grau brindando una clase en una escuela de Parque Chacabuco. 17 de enero de 1931.
Archivo de redacción de la editorial Haynes, Biblioteca Nacional

Roberto Grau

Nació en Buenos Aires el 18 de marzo de 1900. Ya de joven fue un jugador de la élite nacional: seis títulos de campeón argentino y su participación en las primeras olimpiadas que protagoniza la Argentina, entre 1924 y 1939, junto con Damián Reca, Valentín Fernández Coria, Juan Rivarola, Alejandro Nogués Acuña, Isaías Pleci, Carlos Guimard, Luis Piazzini, Jacobo Bolbochán, Carlos Maderna y Luis Palau. En ellas no pudo obtener medalla alguna, pero debemos decir que el impulso de Grau no lo instaba solo a jugar, sino también a organizar, dirigir y hasta escribir sobre ajedrez, ya que fue un muy destacado periodista deportivo (escribía también sobre automovilismo).

Su vocación por la organización y la dirigencia lo llevaron a ser fundador del Círculo de Ajedrez y de la FADA y cofundador de la Federación Internacional de Ajedrez. Además de todo esto, se dedicó a la docencia ajedrecística. Era profesor de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, del Club River Plate y del Club Español.

De sus columnas “Frente al tablero” (diario *La Nación*) y “Entre las torres” (revista *Leoplán*), que llevaban sus conocimientos técnicos a las masas populares, más el contenido de múltiples conferencias dictadas en todo el país, surgió una compilación que hoy se conoce como *Tratado general de ajedrez*, cuatro tomos que constituyen una de las máximas obras de la literatura ajedrecística mundial, editada en otros países e idiomas, y absolutamente vigente hasta el día de hoy.

No dejó discípulos directos y destacados, pero gracias a su *Tratado general...* podemos decir que la mayoría de los maestros argentinos y jugadores de las categorías superiores le deben la base de sus conocimientos de estrategia y táctica ajedrecística.

Se falleció tempranamente, a los cuarenta y cuatro años.



Miguel Najdorf repasando una partida. Archivo de redacción *Qué Sucedió en Siete Días*, Biblioteca Nacional

Miguel Najdorf

Nació el 15 de abril de 1910 en Varsovia. Integrante del fuerte equipo polaco, llegó a la Argentina para jugar el Torneo de las Naciones de 1939, que coincidió con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y el aniquilamiento de toda su familia. Sin razones para regresar a Polonia, se quedó aquí para siempre.

Sus aportes al ajedrez argentino se extendieron durante los casi sesenta años en que don Miguel vivió con nosotros. La influencia de este hombre, que escribió sus columnas en el diario *Clarín* pero que prácticamente no dejó libros y nunca se dedicó a la enseñanza, se debió simplemente a su presencia. Najdorf era un grande del ajedrez, que acaparaba la atención de toda la afición argentina y mundial. Sus partidas atraían por el deleite de su estilo combinativo. Fue el primer argentino que alcanzó el título de Gran Maestro y es considerado uno de los cincuenta mejores ajedrecistas de toda la historia. Nunca hubo otro compatriota tan cerca de obtener el campeonato mundial absoluto. En el plano local, tras nacionalizarse en 1943, ganó el campeonato argentino ocho veces, e integró los equipos olímpicos nacionales en once oportunidades, diez veces en el primer tablero, obteniendo tres medallas de oro. Fue artífice y el más activo protagonista de los subcampeonatos olímpicos de 1950, 1952 y 1954.

Apodado "El Viejo", su vigencia ajedrecística se extendió hasta una edad avanzada. A los sesenta años integró el equipo Resto del Mundo en el *match* contra la URSS, en el que enfrentó al ex campeón mundial Mikhail Tal, empatando 2 a 2. Como si esto fuera poco, desarrolló actividades sorprendentes, como su sesión de cuarenta y cinco partidas simultáneas a ciegas en San Pablo, Brasil, en 1947, que fue récord mundial durante sesenta y cuatro años. Cuando ya estaba retirándose del ajedrez competitivo (en realidad, nunca lo hizo), Najdorf, que a esa altura era un hombre de excelente nivel económico, comenzó a organizar y financiar los torneos que llevaban su nombre, dando a maestros argentinos en ascenso la oportunidad de medirse con consagrados de todo el mundo. Nos dejó en Málaga, a la edad de ochenta y siete años.



Oscar Panno contra el ex campeón del mundo Vasili Smyslov. Torneo Clarín. Buenos Aires, 1978. Colección personal de Oscar Panno

Oscar Panno

Nació en Buenos Aires el 17 de marzo de 1935 (la misma fecha de cumpleaños que Grau). A los doce años se acercó al Club River Plate, en donde surgió su pasión por el ajedrez de la mano del maestro Julio Bolbochán. Solo seis años después, en 1953, obtuvo una triple corona: Campeón Argentino, Campeón del Club Argentino y Campeón Mundial Juvenil (Sub-20). Dos años más tarde, luego de ganar el Zonal de Río de Janeiro, logró el punto más alto de toda su carrera: tercer puesto en el Interzonal de Gotemburgo, detrás de David Bronstein y Paul Keres. Se trató de un torneo de altísimo nivel, en el que quedaron solo tres de los mejores jugadores del mundo sin participar: Samuel Reshevsky (por cuestiones personales), Mikhail Botvinnik y Vasily Smyslov (por ser campeón y subcampeón mundiales). El logro significaba un virtual sexto puesto de Panno en el ranking del mundo.

Este brillante ascenso se vio prontamente frenado por su propia decisión de completar sus estudios en la carrera de Ingeniería Civil, convirtiéndose en un profesional brillante, autor del diseño de importantes obras públicas en la rama de la ingeniería vial. Esto, además del tiempo dedicado a su familia, mermó su rendimiento ajedrecístico, aunque no le impidió cosechar logros de importancia, como el oro como segundo tablero en la Olimpiada de La Habana, en 1966, o varios torneos internacionales, entre ellos su primer puesto en el Magistral de Palma de Mallorca, en 1972, delante de Víktor Korchnói, entre otros grandes.



Oscar Panno.
Archivo de redacción
Qué Sucedió en Siete Días,
Biblioteca Nacional

¿En qué consistió su aporte, para ser considerado uno de los pilares del ajedrez argentino? En primer término, su presencia en el ámbito competitivo. Fue el mejor ajedrecista nacido en Argentina. Los aficionados siguieron sus actuaciones con entusiasmo y quisieron imitarlo. En segundo término, y esto es absolutamente destacable, la docencia, tanto en forma masiva (sus fascículos "Ajedrez con Panno", que antes se vendían en kioscos y ahora existen en internet) como sus clases presenciales en una decena de instituciones deportivas. Panno, que dijo hasta el cansancio que "se debe enseñar ajedrez en las escuelas, no para fabricar maestros, sino para contribuir a formar una sociedad pensante", paradójicamente, gracias a sus conocimientos y cualidades docentes, se transformó en una fábrica de Grandes Maestros, muchos de los cuales a su vez se dedicaron a la docencia y formaron decenas de nuevos maestros o fuertes aficionados. Este único sobreviviente de los equipos subcampeones mundiales de los años cincuenta continúa hoy dando cátedra en el Club River Plate.

Tres pilares, tres referentes, tres épocas. Cada personaje se nutrió de la obra que produjo su antecesor. No podemos saber cómo sigue esta historia. Solo sabemos que lo que vendrá será fruto de lo que hoy existe.



Benito Villegas (izquierda) y Julio Souza (derecha) en el Club Argentino de Ajedrez, Buenos Aires, ca. 1910. AGN



El campeón Damián Reca (izquierda) y Roberto Grau (derecha) durante el Campeonato Argentino de Ajedrez. Buenos Aires, 1924. AGN



Herman Pilnik disputando una partida con el actor Charles Boyer durante un descanso de la grabación de *El agente confidencial*, en los estudios de Warner Bros., Hollywood, donde se realizaba también el Encuentro Panamericano de Ajedrez. Héctor Rossetto, sentado, observa la partida. Los Ángeles, 1945.

Archivo de redacción de la editorial Haynes, Biblioteca Nacional



Héctor Rossetto se enfrenta a Silvino García; el Che Guevara observa la partida. Torneo Memorial Capablanca, Cuba, 1964. Colección personal de Cecilia Rossetto



El campeón del mundo Anatoli Karpov disputando una partida con Miguel Najdorf, Buenos Aires. Colección personal de Liliana Najdorf.



Claudia Amura, en el centro, ganadora del Campeonato Argentino Infantil, en el que participaron dos mujeres y treinta y dos varones. Club Torre Blanca, Buenos Aires, 1983. Colección personal de Claudia Amura



ARGENTINA

Maria
Angélica
BEREA

54



CHILE

Berna
CARRASCO

El Gráfico

Las ajedrecistas María Angélica Berea, argentina, y Berna Carrasco, chilena, de buena actuación en el Torneo de las Naciones.

Ajedrez a pie de imprenta

Por Sergio Ernesto Negri y Juan Sebastián Morgado

La historia de la divulgación escrita del ajedrez en nuestro país comienza en el siglo XIX por influencia del exterior. Entre un conjunto de libros europeos que importa Marcos Sastre en 1833 encontramos un *Manuel des Jeux de hazard*; no se indica autor. Por la misma época, el experto en litografía Gregorio Ibarra presenta una traducción manuscrita de una obra sobre ajedrez (colección Celestia del AGN) y Laureano Acevedo traduce del inglés el primer libro editado aquí en 1881: *Aperturas de ajedrez* de Henry Bird (Imprenta Especial para Obras). Pocos años después, aparece el primer aporte local: Julián Balbín publica en 1890 el *Reglamento del Club de Ajedrez Buenos Aires*.





A medida que el ajedrez va adquiriendo mayor protagonismo social comienzan a aparecer las primeras revistas y libros especializados: la *Revista del Club Argentino de Ajedrez* (1905), 1001 Problemas de Arnoldo Ellerman, pionero texto técnico de 1913, el pequeño *Tratado de ajedrez* de D. Arly, de 1915 (Editorial Nocira), el portentoso *El ajedrez en la Argentina* de Pérez Mendoza, de 1920 (Imprenta Tixi y Schaffner), en el que se recopilan los antecedentes y el estado de situación del juego en todo el país.

El mismo año en el que se funda la Federación Argentina de Ajedrez, 1923, comienza a publicarse la revista *El Ajedrez Argentino*, que en sus pocos años de duración —dejó de salir tres años después— tuvo como directores a los campeones nacionales Damián Reca y Roberto Grau, y columnistas de la talla de Ezequiel Martínez Estrada, Ellerman y el jugador checo Richard Réti; este último brindó también una serie de conferencias en 1924 que fueron compiladas por L. Lerner en *Curso superior de ajedrez* (Edición Boero y Llinás).

El *match* por el título mundial de 1927 disputado en Buenos Aires entre Capablanca y Alekhine impulsó un gran interés por el espacio escaqueado. Ante la inexplicable caída de la revista del Club Argentino, y previendo la difusión del acontecimiento, ese mismo año Roberto Grau pasó a dirigir la revista mensual *El Ajedrez Americano* en sociedad con Enrique Boero, hasta 1934, y entre los dos fundaron a su vez la editorial Grabo —apócope de sus apellidos—, prolífica productora de libros de autores nacionales y extranjeros. En 1929 se presenta *Trebejos*, del distinguido ajedrecista y notable literato don Mariano Viaña, que incluye problemas de fantasía dedicados al presidente Yrigoyen, al boxeador Firpo y a Alekhine, y el trabajo de Luis Palau, *Combinaciones y celadas en las aperturas*. También en ese año, en el Hospicio

PROYECCIONES TRASCENDENTALES DEL AJEDREZ: EL ESPACIO

Por EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

(Para LA NACION) — BUENOS AIRES, enero de 1943

El tablero de sesenta y cuatro casillas estructura el espacio total en ajedrez: un cosmos, pero solamente como suma de las condiciones espaciales para que la partida pueda ser. El espacio físico representado materialmente por el tablero es una imagen grosera del espacio ajedrecístico, a semejanza de las piezas con respecto a las fuerzas. Pero cierra un campo de fenómenos el ajedrez, fuera del cual no sólo no existe otro espacio ni posibilidad, sino que mentalmente es en absoluto imposible agregarle nada. En su misma limitación contiene su totalidad e infinitud.

Esa limitación de las sesenta y cuatro casillas cierra a la vez la concepción plenaria mental de lo que entendemos por ajedrez. El ajedrez se concibe y se realiza condicionado por ese espacio, y dentro de la técnica y de la concepción mental reviste un grado de suprema perfección. Vale decir que ni por un instante el pensamiento concibe tal limitación ni la necesidad de un "plus" para operar. Los bordes del tablero son el límite absoluto de la posibilidad de pensar ajedrez.

Pero el espacio "vacío", el tablero sin piezas, no es más que uno de los datos de la convención previa del juego: una categoría apriorística representada groseramente. Ese espacio óptico y táctil se identifica con cualquier superficie, sobre la cual puede trazarse un sistema geométrico (1). Por cualquier posición lógica de piezas el espacio toma valor como espacio ajedrecístico exclusivamente. Si esas piezas se colocaran al azar, de modo que no resultara una posición, tampoco existiría el espacio ajedrecístico porque el tablero sólo adquiere tal sentido cuando hay una posición de piezas conforme a la convención del juego. También adquiere valor, que es otro problema. Desde ese momento el supuesto espacio geométrico desaparece como tal y únicamente existe en función de las posibilidades ulteriores del juego. Esto quiere decir que se proyecta a una dimensión de tiempo, que se relaciona más que con el valor ajedrecístico con el valor estratégico. Una posición lógica —excepto el término final de una serie de operaciones, mate o ahogo—, es mentalmente igual a una función. El espacio es, por lo tanto, lo que condiciona mentalmente las evoluciones del juego; como dijo Roberto Grau: "es lo que da forma al ajedrez".

Tal espacio, configurado por los valores ajedrecísticos y estratégicos, puede ser visto como una categoría apriorística "constituida por la posición variable y relativa de los cuerpos", según la definición cartesiana, o como la condición previa de los fenómenos en el sentido kantiano (2). Alfil y torre

dan a ese espacio las características fundamentales de espacio bidimensional; pero no es un espacio ajedrecístico todavía si no configuran las piezas una posición lógica posible: el alfil y la torre sólo dan dos direcciones esquemáticas. La dinámica propia del juego resulta de los movimientos combinados de todas las piezas. Con ellas el esquema espacial se convierte en un campo de funciones, y el esquema espacial se pospone al esquema de la partida en que las fuerzas —las piezas— configuran un sistema dinámico o de tensiones. El espacio geométrico sin piezas deviene espacio físico dentro del que cualquier posición lógica crea el espacio ajedrecístico, no aun el espacio estratégico.

Ese espacio no tiene una forma fija, permanente: tiene todas las formas propias de cualesquier posiciones o de la serie en que cada posición se desarrolla. A cada jugada cambia su forma, su estructura, con arreglo a la partida, por lo que sufre ya la deformación relativa al desarrollo de la serie, como es claramente visible en los problemas de mate.

Otro tópico interesante es el de la contigüidad de las casillas. Existe, aparte la contigüidad espacial dada por el tablero, otra muy curiosa dada por el movimiento de las piezas. A la contigüidad de casilla con casilla se opone la contigüidad de pieza con pieza. Más claramente: la relación de fuerzas en que se encuentran las piezas crea un distinto sentido de contigüidad espacial. Por ejemplo: para el caballo, las casillas de 1C y 3T o 3A están contiguas; para la torre, las de 1T y 8T, de donde esas casillas están inmediatas para cada pieza. Dos alfiles del mismo bando no pueden estar contiguos, puesto que jamás han de hallarse en la misma diagonal. Para el caballo, como ya se dijo, están contiguas todas las casillas que caen bajo su acción; y, sin embargo, lo están asimismo con muchísimas otras desde donde puede ser atacado. El concepto de contigüidad depende por esto del movimiento inherente a cada pieza y de su situación, de donde puede ahora extraerse esta paradójica conclusión: el espacio nunca está dado por el tablero en que las piezas se apoyan, sino por el tablero en que se apoya la partida.

En consecuencia, hay casillas que no tienen contigüidad en el espacio ajedrecístico, aunque la tengan en el espacio geométrico. Además, hay la contigüidad según las limitaciones. Hasta ahora hemos considerado el espacio muy elementalmente, aun tratándolo como espacio de las operaciones, es decir, como un tablero ocupado por piezas, pero que a efectos de las explicaciones fuera como si estuviese vacío y libre. El concepto de contigüidad en las limitaciones se concibe tomando como referen-

sino saltando sobre un "tiempo de deformación".

En ese proceso de evolución del sentido del espacio ajedrecístico podrías decirte que en Filidor tiene una configuración óptica y geométrica, ajustada a una táctica que obedece puntualmente al movimiento individual de las piezas o a grupos muy particulares. Morphy relega a segundo término el espacio en la concepción dinámica de la partida donde predomina la configuración de las fuerzas y del tiempo, convirtiendo el esquema del espacio estático de Filidor en el campo vibrante de la concepción hipermoderna, que concibe el espacio como uno de los tres términos de la ecuación ajedrecística (3).

En fin, dentro del nuevo concepto del espacio ajedrecístico caben dos distinciones: el espacio estratégico y el espacio táctico. El primero resulta de la concepción general de la partida, condicionado a las posibilidades técnicas de una buena jugada (o serie). Correlativamente "horizonte estratégico" es el desarrollo lógico de las fuerzas representadas por las piezas —en cualquier posición ajedrecística— limitado, como se dijo, por las mismas piezas. Por otra parte, el espacio táctico se limita a la posibilidad material del movimiento de la pieza, por lo que habrá un espacio sui generis para cada una, según su clase: alfil, caballo, etc. (4). Cada pieza tendrá su espacio táctico intransfértil: el de la torre es asimétrico respecto al del alfil, y el alfil sólo opera sobre un espacio de dirección oblicua con treinta y dos casillas, aunque pueda ser atacado desde todos los puntos de un espacio de sesenta y cuatro. El "horizonte táctico" sería simplemente el del desplazamiento de cada una de las piezas, dentro de la concepción a que obedece un particular movimiento, conforme a la más vasta amplitud del horizonte estratégico. Por lo que coexisten, en efecto, en cada posición, dos espacios: el que coincide con las sesenta y cuatro casillas, que permanece inalterable como esquema convencional del juego, y otro limitado por el horizonte estratégico y condicionado por el horizonte táctico, compuesto por las casillas ocupadas y por aquellas otras que se pueden ocupar durante el desarrollo de la partida hasta el fin. Estratégicamente, para muchísimas partidas podrían suprimirse casillas, o dejar casillas negativas, ya que ninguna pieza llega a ocuparlas ni sirven como posibilidades a la necesidad estratégica de la concepción. Cada partida tiene, pues, su tablero. Pero aun dentro de la peculiaridad espacial de cada partida, a cada movimiento el espacio varía; y tal espacio, "de la misma forma que la partida", sólo se da como campo espacial de las operaciones si se

JAQUE!

REVISTA QUINCENAL DE AJEDREZ

FINAL INSTRUCTIVO



Juega los blancos y gana.

The image shows the front cover of a magazine. At the top, the word "CAISSA" is written in large, bold, white letters. Below it, the title "Revista Argentina de Ajedrez" is written in a smaller, elegant, cursive-style font. To the right of the text is a large, stylized white silhouette of a knight chess piece, facing left. The background of the cover is a solid blue color. In the bottom left corner, there is a small white rectangular box containing the text "ABRIL DE 1967", "N.º 93", and "\$ 1.-".

EL AJEDREZ ARGENTINO

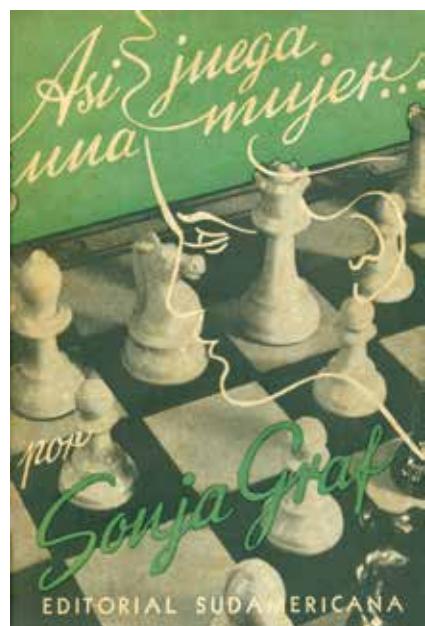
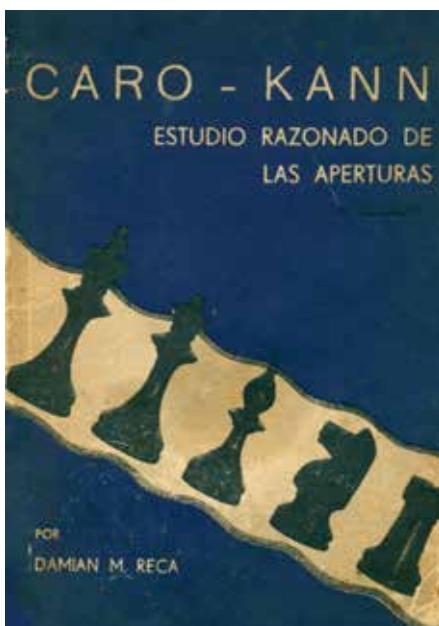
REVISTA DE LA FEDERACION ARGENTINA DE AJEDREZ



de las Mercedes, aparece *La neurosis de los ajedrecistas argentinos* de Ernesto Andía, que caracteriza a jugadores locales conforme perfiles lombrosianos.

Claro que, en materia bibliográfica, hay un antes y un después a partir de la primera edición del *Tratado general de ajedrez* de Grau, de 1930, el gran libro didáctico del país. Generaciones completas de jugadores de naciones de habla hispana se formaron con este “curso completo del juego-ciencia”. Recibió elogios unánimes, entre los que se contaban integrantes de la escuela soviética y del mismo Bobby Fischer.

Grau inicia en 1935 la segunda época de *El Ajedrez Americano*, esta vez en compañía de Palau. Por su parte, la editorial Grabo, ya sin Grau, le presenta competencia, a partir de 1937, con su revista *Caissa* (activa hasta 1955), bajo dirección de Ellerman, y publica los libros *Caro-Kann. Estudio razonado de las aperturas* de Reca y *Aperturas. El gabinete de la dama* de Palau, entre otros, al tiempo que ofrece en su librería especializada relojes, tableros, juegos, planillas, medallas y toda clase de objetos relacionados con la práctica ajedrecística. Por su parte, las editoriales Sudamericana y Piatti publican en 1941 y 1946, respectivamente, libros de la alemana Sonja Graf, los primeros escritos ajedrecísticos publicados por una mujer en castellano: *Así juega una mujer...!* y la dramática autobiografía *Yo soy Susann*.

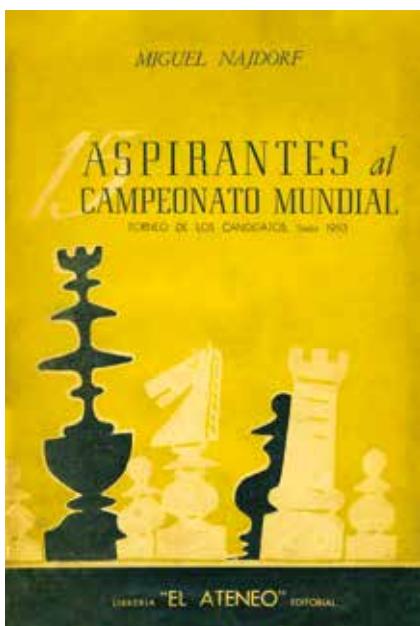


En 1947, la FADA decide inaugurar la segunda época de la revista *El Ajedrez Argentino*, ahora comandada por Karel Skalička, Ellerman y Luis Marini. A lo largo de una década, que coincide con la que es considerada la época dorada del ajedrez nacional, y desde su redacción ubicada en la sede de la AFA, en una extraña

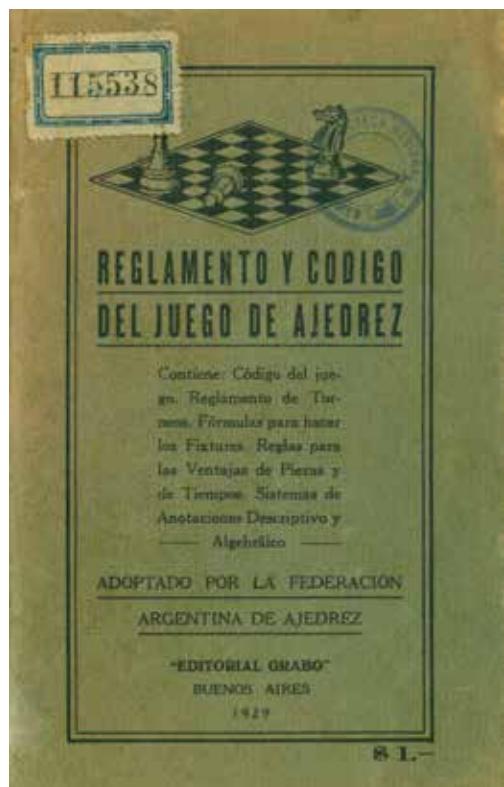
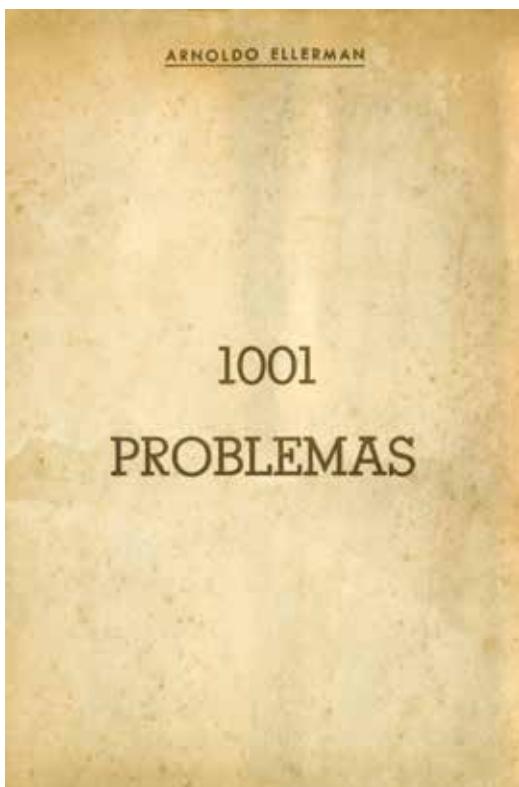
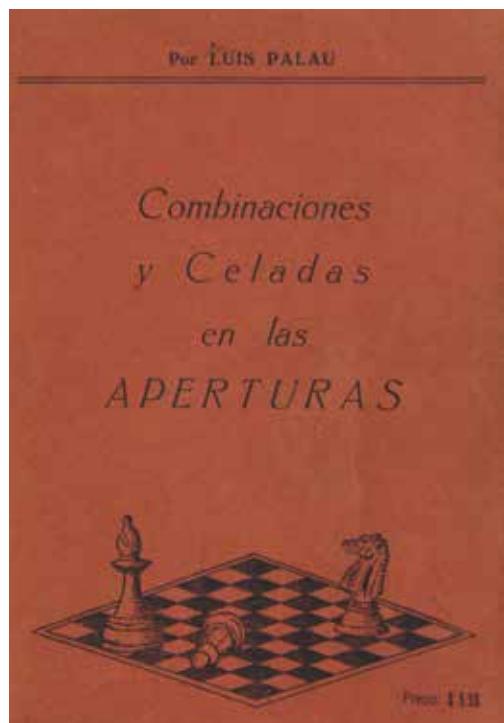
asociación con el fútbol, la publicación cubre las gloriosas actuaciones olímpicas del país (triple subcampeón en los años cincuenta), los encuentros Reshevsky vs. Najdorf y Unión Soviética vs. Argentina, y los torneos nacionales y los internacionales de Mar del Plata.

Esta añorada era asiste también al surgimiento de la mítica revista *Ajedrez*, en 1954, con dirección de Palau, primero, y de Normando Ivaldi, después, un clásico que dejará de aparecer en 1981 tras el cierre de la editorial Sopena. Esta casa editora, nacida en 1925, tuvo un nutrido vínculo con el juego desde que reeditó en 1939 el primer tomo del compendio de Grau y emprendió luego la edición de los tres tomos restantes. Bajo su égida, y dentro de una extensísima nómina, vieron la luz *El ajedrez como yo lo juego*, de Paul Keres, *Partidas clásicas de Capablanca*, de Paulino Alles Monasterio y Gideon Ståhlberg, además de decenas de otros títulos, de setenta y ocho cuadernos teóricos y treinta y ocho suplementos de competencias, incluida la cobertura del *match* por el título mundial de 1927. Otro gran proyecto editorial fue el del argentino Milcíades Lachaga, quien publicó vocacionalmente, entre 1946 y 1990, unos ciento cincuenta trabajos y libros de torneos, entre ellos los referidos a las Olimpiadas de Buenos Aires de 1939 y 1978.

En los años 1953 y 1954 salieron publicados los dos tomos de *15 aspirantes al título mundial*, una joya de Miguel Najdorf (El Ateneo) que incluía las partidas comentadas del gran certamen de Zúrich en 1953. Su redactor, un por entonces joven ignoto llamado Zoilo Caputto, publicaría



años más tarde dos obras extraordinarias: *El torneo del siglo* (Píder, 1970) y el monumental *El arte del estudio* (edición del autor, 1990), cinco tomos en los que recopiló, en un trabajo que se prolongó durante veinte años, composiciones artísticas de todos los tiempos del ajedrez y del shatranj, su antecesor árabe. Este texto y el de Grau pueden y deben ser considerados las cumbres nacionales en materia de divulgación, tanto por su calidad como por su proyección internacional.





Si bien hubo y probablemente habrá otras revistas especializadas, en la capital y en otros puntos del país, la última gran revista longeva que resta mencionar es *Ajedrez de estilo*, publicada entre los años 1982 y 1997.

¿Es posible trazar una correlación entre una divulgación potenciada y la fortaleza del ajedrez competitivo de un país? En una mirada retrospectiva podemos advertir que la pujanza de la bibliografía técnica es coincidente con los mejores años deportivos del ajedrez argentino. Más aún si se suma al análisis lo sucedido en cuanto al tratamiento en los diarios de circulación nacional. En épocas de auge, los medios masivos más importantes, *La Nación*, *Crítica*, *La Razón*, *La Prensa* y *Noticias Gráficas* tenían columnas de ajedrez; en ellas se llegó a contratar a figuras internacionales de la talla de Alekhine, Capablanca y Tartakower. En *La Nación*, la columna “Frente al tablero”, dirigida por Grau, Carlos Portela y Julio Bolbochán, obtuvo en ocasiones hasta una página completa; las coloridas crónicas de Najdorf en *Clarín* son recordadas con fervor. En cambio, hoy en día las coberturas en diarios nacionales son más bien esporádicas o marginales. Las revistas internacionales especializadas ya no pueden conseguirse en kioscos, como otrora, y las argentinas impresas tampoco existen: han sido reemplazadas por sitios web generalmente dependientes de esfuerzos no siempre sistemáticos.

En materia de libros se produjo en los últimos tiempos, sin embargo, una explosión; han surgido obras biográficas —como *Najdorf x Najdorf*, escrito por su hija Liliana, *La primera vida de Miguel Najdorf*, de Gabriel Siegel, *Panno magistral*, de Enrique Arguiñariz, y *Erich Eliskases: caballero del ajedrez*, de Guillermo Soppe y Raúl Grossó—. El aspecto histórico también ha sido abordado en varias obras, como *Historia del ajedrez argentino*, gigantesco esfuerzo de recopilación de José Copié, *Historia del ajedrez*, de Gabriel Gómez, la colección olímpica editada por el Senado de la Nación o la obra histórica de Juan S. Morgado. También se aprecian textos pedagógicos y escolares (*Mis primeros pasos en ajedrez* de Marina Rizzo, los de Gustavo Águila y Marcelo Reides, entre otros) y esfuerzos informativos sobre el presente en la red, con publicaciones de inevitable consulta, como la del recordado Roberto Pagura.

Es importante señalar el caso de meritorios mecenas editores, como Miguel Pintos y Eugenio Píder, y la esforzada colección de pequeños tratados de Héctor Álvarez Castillo. Grandes ajedrecistas o amantes del juego, de ayer y de hoy, asumieron también el rol de escritores: Oscar Panno —con su gran obra didáctica *Ajedrez con Panno*—, Carlos Guimard, Jaime Culleré, Guillermo Puiggrós, Aníbal Aparicio, Sergio Slipak, Diego Valerga, Alejo de Dovitis, Gustavo Perednik, Tito Gurbanov, Pablo Barrionuevo, Miguel Soutullo, Jorge L. Fernández, Moisés Studenetzky, Nicolás Capeika...

Las resonancias del ajedrez en el mundo editorial y periodístico han contribuido a la formación de jugadores, aficionados y curiosos a partir del esfuerzo personal de sus animadores por sistematizar y difundir la disciplina. Un impulso que, confiamos, aún tiene capítulos por venir.



Presidente de la Nación

Mauricio Macri

Ministro de Cultura

Pablo Avelluto

Director de la Biblioteca Nacional

Alberto Manguel

Subdirectora de la Biblioteca Nacional

Elsa Barber

Directora General de Coordinación Bibliotecológica

Elsa Rapetti

Director General de Coordinación Administrativa

Marcos Padilla

Director General de Acción Cultural

Ezequiel Martínez

Coordinación de la muestra: Julián Chomski. **Colaboración:** Guillermo David. **Investigación:** Juan Sebastián Morgado, Sergio Negri y Julián Chomski. **Diseño:** Veronique Pestoni. **Investigación fotográfica:** Abel Alexander. **Producción:** Martín Blanco. **Edición:** Coordinación de publicaciones.

Textos: Gustavo Águila, Enrique Arguiñariz, Julián Chomski, Luciano Ciruzzi, Gabriel Mario Gómez Celestino, Sylvia Iparraguirre, Martín Kohan, Guillermo Martínez, Fernando Maskin, Juan Sebastián Morgado, Sergio Negri, Horacio Olivera.

Áreas de la Biblioteca Nacional que intervinieron en la muestra y el catálogo: Archivo de historieta y humor gráfico argentinos, Área de Archivos, Diseño gráfico, Exposiciones y visitas guiadas, Fototeca, Hemeroteca, Libros, Microfilmación y digitalización, Montaje, Museo del libro y de la lengua, Preservación, Prensa y comunicación, Producción, Relaciones públicas, Sala del Tesoro, Sonido e iluminación.

Agradecimientos: Archivo General de la Nación, Círculo de Periodistas Deportivos, Club Argentino de Ajedrez, Club Jaque Mate, Colección Mara-La Ruche, Colección March Río, Colección Neuman, Complejo Museológico Enrique Udaondo, Fundación CEPPA, Fundación Killian, Fundación León Ferrari, Museo del Palacio San José, Museo Histórico Nacional, Museo Mitre, Museo Nacional de Bellas Artes. Agradecemos también a Paulina Angrisano, Margarita Ardengo, Karin Berbén, Ximena Duhalde, Federico Fischbarg, Lautaro Fiszman, María García, Judith Gociol, Marcelo Gutman, Oscar Hansman, Silvio Killian, Rubén Kim, Judith Lina, Elisa Medrano, Liliana Najdorf, Jorge Niegovich, Luis Palacios, Ernesto Panizo, Hernán Perelman, Luis Príamo, Quino, Miguel Rep, Cecilia Rossetto, Hermenegildo Sábat, Diego Savoretti, Pía Villaronga, Hernán Zigaler.



**ALTA
PIAZZA**

CASA DI APPARTAMENTI

PFÖRTNER
CONTACTOLOGIA + OPTICA



HUMBERTO CANALE

— PATAGONIA ARGENTINA —
Bodega Familiar Desde 1909